

PENSAMIENTOS

SOBRE EL PERÚ,

POR

SEBASTIAN LORENTE,



LIMA
TIPOGRAFIA DE LA VOZ DEL PUEBLO
1855.

ESTENSION DEL PERU.

No es fácil formar una idea ni aun aproximada de la vasta estension del Perú; nuestra valuacion seria muy diminuta si juzgásemos por los grados de longitud y latitud que abraza. El terreno se eleva á tanta altura y las quebradas son tan profundas y tan continuadas, que donde la superficie debia ser de algunas varas cuadradas, se estiende á millas enteras. Se dice que en tiempo de los Incas para multiplicar el terreno cultivable se hacian grandes escavaciones: la naturaleza lo habia hecho antes que el arte y en mas vasta escala. Merced á sus incalculables aumentos de superficie, el Perú ofrece á la agricultura un inmenso suelo que no podia esperarse por los dilatados espacios



que roban los inflamados arenales, las alturas heladas y las selvas impenetrables. Por las prolongadas desigualdades del país y por las enormes desviaciones de los caminos engañan en extremo las distancias de los lugares. Están en un mismo paralelo, apenas se diferencian en un grado de longitud, y sin embargo para llegar de uno á otro es necesario andar cuarenta y mas leguas. Salimos de un pueblo desde el que estamos viendo el otro donde vamos á pernoctar, creíamos que en una ó á lo más en dos horas habríamos terminado la jornada, y nos sorprende la noche antes que logremos el descanso deseado ya por la molestia de las bajadas, por lo escabroso del terreno y por lo tortuoso del sendero.

VARIEDAD DE REGIONES.

Por su rica variedad de regiones el Perú pudiera considerarse mas bien que como un país único, como países diferentes separados entre sí por largos intervalos. En pocas horas pueden recorrerse multitud de climas que no es dado al europeo visitar en muchos meses. Casi se tocan las nieves perpetuas, la temperatura primaveral y los calores de Senegambia. La *costa* es una serie de abrasados arenales interrumpidos por amenos valles. De ella se sube á la templada *cabecera* donde el terreno es sumamente quebrado alternando las profundas hondonadas de una vegetacion abundante con alturas áridas como el desierto, ó cubiertas de tristísimos cactus y con otras que si pierden su brillo en la es-

INSTITUTO RIVA-AGÜERO

PONTIFICIA UNIVERSIDAD

CATOLICA DEL PERU

BIBLIOTECA

COLECCIÓN

FELIX DENEGRI LUNA

tacion seca, ostentan con las lluvias floridos bosques en los costados y ricas praderas en la parte plana. De la cabecera se trepa á la region de las *cordilleras*, lugares de precipicios, lagunas y nieves entre cuyas expansiones se encuentran las rígidas punas y los embelesadores valles de la sierra. Desciéndose de las cordilleras á la *ceja* de montaña casi siempre nebulosa, mas agria pero incomparablemente mas fértil que las cabeceras: Y de ella se llega á la *montaña* real cuyos bosques son el lujo de la vida y cuyos rios ostentan la magestad del Altísimo.

EL DESIERTO.

La costa del Perú es un desierto estrecho de mas de seiscientas leguas de largo; sus numerosos valles solo pueden considerarse como otros tantos oasis. A veces la marcha por la árida llanura es deliciosa. Una niebla benéfica vela los rayos del sol, ó la luna clara como la luz del dia permite caminar con el fresco de noches apacibles; por la suavidad del piso y la dulce temperatura un generoso alazan puede hacernos devorar las distancias corriendo mas de tres leguas por hora. Apenas salimos de una cuando entramos en otra isla de verdura; prolongándose las lluvias de la sierra visten las lomas con alfombras de amancaes y mil flores de matices delicados que forman un paisage encantador; una sombra verde se extiende á lo lejos para ocultar la desnudez del suelo: innumerables reses pacen la aljofarada yerba sin necesidad de que nadie las

cuide, y por sí mismas bajan al abrevadero á la hora acostumbrada: canoros pajarillos animan la escena; la intermediacion de la playa permite gozar del mar al mismo tiempo que se goza de la tierra; el alma se extasía al contemplar la inmensidad del líquido elemento que ya aparece terso como un espejo, ya se alza á las nubes ó baja á los abismos agitado como el torbellino; sus olas á veces caen con espantoso estruendo contra enormes rocas, á veces se deshacen en bella espuma cuya blancura oscurece la nieve: los delfines juegan en tropel como si celebrasen la serenidad, la ballena es como un monte que saltase junto con las violentas oleadas; los lobos marinos son los mónstruos que abortan las tempestades; graciosas avecillas recorren la humedecida arena yendo y viniendo con la ola; las aves huaneras forman ejércitos alados que están desfilando muchas horas; las aguas arrojan árboles y otros despojos de los rios, como si quisieran resarcir la esterilidad del desierto. Si trepando á un alto cerro que interrumpe la llanura desaparece el océano, las conchas y otros restos marinos nos revelan que en siglos remotos fué hondo mar la que hoy es seca cumbre; y la mente se transporta á aquellos dias tempestuosos en que los Andes se levantaban del fondo de las aguas como se alza la espuma del licor que fermenta. Mas ah! cuan caro paga estos instantes de placer el que se ve obligado á viajar muchos dias por la arenosa pampa; se abrasa con el calor del sol, y apenas ha principiado á gozar de las frescas tinieblas cuando el viento húmedo le penetra mas que los hielos de la puna; fatígale el piso sin consistencia, y cuando

ha de deslizarse por el deleznable médano, teme sepultarse en la arena; es verdad que no corre riesgo de ser acabado por el terrible simoun de Sahara, pero no es raro que un aire ligero le azote sin descanso con inflamadas arenillas. Si las ilusiones del terreno que reverbera ó las sombras de la noche llegaron á extraviarle, ninguna señal salvadora, ninguna huella de animales ó de hombres le traerán al buen camino, y es triste, tristísimo el destino del que espira en el desierto. Yo le he tocado de cerca; seis dias vagué por esas regiones desoladas en que no hay una gota de agua para templar la sed, ni una raiz para engañar el hambre, ni una planta que nos preserve del sol quemante: procuraba desde luego internarme en la soledad porque la descubierta llanura me ponía á merced de enemigos sin piedad que me habrían dado una muerte vergonzosa; mas cuando me faltó la orina para humedecer los labios, cuando la sequedad llagó mi lengua, y mi cabeza ardia, y mi anhelosa respiracion era de fuego; escalé solícito las alturas, y cambiando los nombres de las cosas invoqué á mis perseguidores como á generosos amigos; la muerte que me hubieran dado, era para mí una existencia deliciosa junto á los horribles sufrimientos que anunciaban el término de mis dias. Mil veces pedí al Dios de bondad no se irritase contra mí si buscaba en la dureza de una piedra que rompiese mi cabeza, el fin de mis dolores; mil veces escavé la tierra y creí haber hallado entre su frescura la paz de la tumba. ¡Cuánto no sentí que mis flacas fuerzas no me permitiesen llegar á la playa para tenderme cerca de las olas, y allí gozar un instan-

te de la humedad, y fallecer como los Brahmanes que se ahogan durmiéndose en las orillas del Ganges. El cielo quiso salvarme descubriéndome el rio de Acarí en el que me precipité como el ciervo que despues de correr muchas leguas encuentra la fuente. No fuiste tan feliz, generoso amigo, heroico Pantoja: tú que habias escapado tantas veces del furor de los Araucanos, que libras-te en Santiago de los déspotas de Chile y saliste ileso de entre los asesinos de Saraja, has venido á perecer en los engañosos cerros que prolongan el desierto. Faltó el aliento á tí y á tu caballo en esas alturas desoladas donde es preciso escalar riscos por entre los que apenas pueden marchar los huana-cos; y en donde desnudos peñascos y arenales ardientes no dejan ver otras señales de vida que deslucidos cactos semejantes á cirios fúnebres con que la naturaleza quisiese alumbrar el triunfo de la muerte. Bebiste la orina de un compañero en un sucio zapato y te pareció que con ella bebias la vida: á poco tu pecho de bronce se deshacia en lá-grimas y pedias de rodillas una gota de agua; mas los viles cuya cobardia te robó la victoria, en vez de llevarte para salvar, ó morir contigo, te abandonaron á una muerte horrible. Los que despues te vieron, reconocieron con dificultad el cadáver del soldado que nunca tuvo miedo; pero un interés mezquino les movió á guardar secreto, y tus amigos no han tenido el consuelo de honrar tus restos mortales; el viento habia borrado tus huellas, y sin duda un médano cubrió tu cuerpo.

VALLES DE LA COSTA.

Los valles de la costa son la patria de la vida y de los placeres: bosques de árboles siempre frondosos; jardines que no cesan de encantar por el perfume y por los brillantes matices de las flores, donde nunca faltan los frutos y donde á un mismo tiempo se siembra, se cosecha y se admira el fresco verdor de las plantas, forman bellísimas islas de verdura entre las arenas del inmediato desierto: el aire está poblado de aves cuyo plumaje es primoroso y melodioso el acento: innumerables animales recorren los campos, ya deslizándose entre las yerbas, ya pastando en la pradera; las cabañas, las haciendas y los pueblos revelan la presencia del hombre que ha venido á embellecer la naturaleza, y á gozar de sus dones en el seno de la paz y de la abundancia. En estas islas afortunadas donde la antigüedad hubiera colocado los campos eliseos, nunca el helado soplo del invierno despojó á la tierra de sus galas de primavera, nunca se oyó el espantoso trueno que anuncia los estragos del rayo, ni el huracan turbó la serenidad del aire, ni torrentes de lluvia hicieron de la seca llanura un lago: suaves brisas templan el calor de la atmósfera; ligeras garuas en las que el agua cae cernida, humedecen el abrasado suelo. Durante muchos meses un pabellon de ligeras nubes quita sus fuegos al sol sin privarle de su influencia vivificadora; deliciosos y sanos son estos dias en que la niebla lejos de esparcir la tristeza sobre la tierra, se asemeja á esos velos transparentes que dan

una gracia inesperada á las bellezas. En la estacion de los grandes calores la suavidad de las noches recompensa con usura los ardores del dia, y llegan á ser despejadas y serenas sobre toda comparacion; la apacible luna difunde una maravillosa claridad que oscurece las estrellas, y trasporta á los objetos terrestres su bello resplandor; el suelo parece encantado como si á él se hubiesen trasladado los luceros de la bóveda celeste. Si en estas horas de calma y de ilusiones se sienta uno en el hermoso puente del Rimac, las aguas proféticas de este rio, aumentadas con las lluvias que á la sazón son abundantes en la sierra, hacen oír con suma distincion sus acentos inspirados; su lecho que aun conserva los adornos de las selvas. Lima que parece haber salido de ellas á lavoz de una enamorada Armida, las hermosas limeñas que han venido á gozar del fresco en un traje fantástico y que se presentan como divinidades aéreas, todo nos arroba, todo nos convida á dejar correr nuestra vida en la ciudad de los sueños dorados y de las mujeres hechiceras. ¿Y por qué habiamos de alejarnos de la perla del Pacífico? La bondad de la naturaleza trasciende á los corazones, nadie gusta derramar la sangre de sus enemigos, toda miseria encuentra consuelos, hay simpatias por todo lo bueno, entusiasmo por todo lo grande, una imaginacion viva y risueña se complace en las artes, un ingenio pronto difunde sin pena las luces de las ciencias; los hombres son expansivos, alegres, francos; las mujeres sensibles, llenas de amabilidad, hechiceras.

Ah! ¡Y cuan incompleta, cuan deleznable es la dicha terrenal! En estos paises encantados se con-

cibe fácilmente como los padres del género humano, embriagados con las delicias del paraíso, faltaron á Dios cuando sus inestimables dádivas debían hacerles cantar sin cesar el himno del reconocimiento á la bondad suprema. La paz duradera enerva las almas; la languidez que traen las lunas de calor, la férvida dulzura de las frescas sombras, el encanto de los lugares, las delicias del lujo, fáciles y hechiceras mujeres, abren el corazón de la inocencia al sople desolador del deleite, como el suave aliento de la aurora abre el cáliz de la delicada flor que marchitará un sol de fuego antes de hundirse en el gran océano. Falta el buen sentido, el carácter tiene tan poca firmeza como la caña con la que juega el viento, debilitáanse los sentimientos de amistad y de patria, y los pechos son de hielo para las inspiraciones del desprendimiento y del valor.

En esta postracion de la inteligencia nadie puede consagrarse á las difíciles investigaciones de la verdad ni á la práctica aun mas difícil de las virtudes heróicas. Mas si Dios, el celo ilustrado de la sociedad, y los esfuerzos de nuestra libertad pueden alguna vez salvar nuestras almas, de seguro son víctimas los cuerpos del maligno influjo de los lugares. El clima debilita la organizacion, encadena sus fuerzas el ocio á que él condena, gástales el deleite, y tanto el hijo de la costa como el robusto serrano que se fijó en sus valles, nunca conocen el bienestar de una salud completa: las fiebres, la disenteria y la tisis, siegan las generaciones que aun no han acabado su desarrollo, y cuando debian enriquecer las familias con los frutos del trabajo y

de la esperiencia, esa pompa vegetal que nos encanta, son las flores que crecen sobre un vasto sepulcro: vivimos en un aire de muerte, y nos dormimos en una corteza alzada que ni ella misma tiene sólida existencia. Alguna vez ese mar tan pacífico bramó como en las regiones polares, y encumbró sus olas que devoraron los puertos y arrojaron las naves á las campiñas. Durante la irrupcion, y aun en muchos casos en que la playa continuó seca, la tierra tembló como un ébrio, y tembló por muchos dias y en cada dia repetidas veces; desaparecieron las ciudades y entre sus escombros los que por falta de tiempo, ó fiados en la solidez de los edificios, no volaron á los campos: aun la vida no estaba sin riesgo en la ancha llanura: podia entreabrirse el terreno y el abismo se tragaria los hombres.

VALLES DE LA SIERRA.

Los valles de la sierra se hallan en el centro de los Andes, ó en sus declives que forman la ceja de montaña y las cabeceras de la costa. Siempre contrastan por su amenidad con las alturas que les circundan, y se descende á ellos por largas y empinadas cuestas; parece que la naturaleza se hubiese esforzado por esconder el bello jardin como escondió la rica mina. No están libres del aguacero, ni de la nube preñada de rayos en la estacion lluviosa, ni del huracan, ni de las heladas en la estacion seca; pero el hombre no se acaba ni languidece cuan-

do de tarde en tarde se expone á esta cruda lucha con los elementos; las revoluciones de la atmósfera robustecen y preparan á gozar el inefable bienestar de una salud completa asi como se adelgaza y depura el agua que corre por un lecho de piedras. Las enfermedades son tan raras, que se creerá que no puede asaltarnos la muerte sino por la violencia de una mano impía, por el choque de nuestras pasiones, ó por el fuego de la tempestad. Y á veces renunciaria uno á las delicias del Eden porque su existencia corriese tranquila en estos climas saludables; el aspecto del cielo es encantador, la temperatura primaveral; el suelo ofrece las situaciones mas pintorescas. Ya es un vasto anfiteatro cuyas gradas están ocupadas por una brillante vegetacion y en cuyo centro se levantan las alamedas, y las habitaciones de los hombres. Ya es una sucesion interminable de escalones de mármol de caracol, en los que á cada vuelta ostenta la vida nuevas maravillas, y á cada vuelta se goza de una perspectiva mas risueña: en la altura brillan las flores amigas de la nieve, en el medio crecen las plantas de los paises templados, y en algun hondo rincon se alza el árbol de la montaña; en unos sitios el terreno ofrece ondulaciones suaves entre las que una red de canales, casas esparcidas por todas partes, rosales sueltos y floridos duraznos forman un jardin natural cuya simetría y graciosos accidentes nunca podrá imitar la mano del hombre; en otros lugares la campiña se dilata como un mar, y la adornan la alfalfa que ofusca el verdor de todas las yerbas, el maiz con sus largas panojas y su mashorca sedosa, la cebada que crece al suave soplo de auras leves

cual si recibiera el aliento de la vida, las papas que ocultan modestamente sus flores moradas, la elegante alberja que luce sus delicados matices, las frutillas desprendiéndose de blancos petalos, cual si fuesen perlas de coral sobre festones de nacar, y los robustos alizos á cuya cima trepan los tumbos brillando con sus misteriosas flores de pasion. Hay parajes encantados en donde se goza simultáneamente de cuantos cuadros pudo forjar la imaginacion mas rica; de allí se descubren el arroyo, el torrente, el rio; y la laguna, el jardin y la pradera, las nieves perpetuas y los campos siempre verdes, la campiña solitaria sobre la graciosa colina que parece el santuario de la divinidad campestre, y la ciudad, blanca como una paloma; á los piés exhala sus armonías el gilguero, la tórtola suspira en el vecino sembrado, y entre las ramas alza su voz el mirlo. En estas mansiones deliciosas es fácil llevar una vida sencilla y laboriosa; nuestra habitacion toca á la vez á la poblacion y á la campiña, y respirando un aire vivificante, con alimentos sanos, bebiendo aguas saludables, el que en la costa se sentia perecer por instantes, se reanima y vigoriza cual si se hubiese acercado á la fuente de la juventud; el que ya está desauiciado por una enfermedad de consuncion, puede soportar rudos trabajos y entregarse á estudios sostenidos. De esta suerte en climas que tiene por insoportables el delicado lujo de la capital, reinan la brillante salud, la dichosa sencillez, y el trabajo fecundo. Si hoy sus dificiles comunicaciones con el mundo civilizado condenan los valles del interior á un lamentable atraso, no está léjos el dia en que su cielo favorable á las

meditaciones sábias los convierta, como allá en tiempo de los Incas, en focos de ilustracion. Segun ha pensado Humbolt, la sierra será el centro de la civilizacion americana: sus islotes esparcidos en el océano aereo darán luz á los bosques.

HERMOSAS DE LA SIERRA Y DE LA COSTA.

El Perú ofrece en las hermosas de la costa y de la sierra dos tipos de belleza, cuyos rasgos son muy diferentes pero igualmente encantadores. Las hijas del Rimac dividen con las del Guayas el amable título de Georgianas del nuevo mundo; pero son tan superiores á las del antiguo, como los árboles de nuestros bosques á los que crecen bajo el pálido sol de la Europa. La graciosa serrana posée encantos que son desconocidos fuera de los Andes; es la suave violeta que se oculta entre las yerbas del arroyo; la limeña se levanta como la gallarda rosa que resalta sobre todas las flores del jardin. Es esta la diosa de los ardientes placeres cuya huella recuerda su pálida tez; convida aquella con su rostro fresco y rosado á delicias suaves y duraderas. Os atrae la hechicera de la costa con la májia de sus movimientos; su voz encantadora os clava á su lado como la música fija á la serpiente; su faz radiante de hermosura os hace olvidar el universo; y si os dirige una mirada ardiente como el sol que la vió nacer, os abrasa de amor. La vírjen de los Andes os agrada por su languidez de aptitudes, la redondez de formas y el colorido luciente, como las gotas de

rocío sobre las hojas de frutilla, y por la suavidad de rasgos que tan bien sienta á la belleza de la mujer; su candorosa sonrisa y su mirada dulce y melancólica os cautivan con la ternura de los primeros amores que son toda pureza, todo dulzura y abnegacion. Si quereis reconocer sus atractivos acercandoos á su ventana ó pasando por su puerta, huirá á ocultarse en lo mas secreto; pero luego que tengais entrada en su casa, se animará vuestra pasion con su timidez y sus gracias sumisas. La altiva costeña, gustando de resplandecer en el teatro y en el paseo, y fijando en vos sus ojos apasionados, os comunicará la osadía de sus sentimientos vivos; ni una ni otra inspirarán esos homenajes desinteresados á la majestad de las vírgenes que tanto se acercan á la adoracion; lo que sentís en el primer caso, es el suave impulso de los goces apasibles que dulcifican el amargo caliz de la vida; en el segundo experimentais la necesidad de los placeres borrascosos que embriagan y hacen delirar. La criolla de la sierra es una de esas mujeres de Lord Byron que han trasladado su alma á la existencia de su amante; que no viviendo sino para él, solo piensa en hacerle feliz sin exigirle nada, sin quejarse jamás de su abandono y estravíos; es una humilde esclava que á fuerza de una tierna resignacion domina vuestro pecho, como la desmayada Esther imperaba sobre Azuero. La deslumbradora beldad de la costa es una de esas orgullosas damas de Calderon que ejercen sobre el rendido galan el ascendiente de reinas; la altiva sultana os fascina con la majestad de la hermosura, y os hace olvidar vuestras cadenas con el prestijio de un afecto en que la magnitud de

los sacrificios compite con el heroico desprecio de los riesgos; pero un arranque de orgullo disipa sus poderosos encantos y os liberta del duro yugo: así fué como la reina Vasthi cedió su lugar á la modesta Judit en el corazon del rey de los Medos. Las fasinadoras hijas de Lima no pueden comprender el imperio duradero que llegan á adquirir las modestas hermosuras de la sierra. Dicen que habrán hechizado á sus amantes, que les habrán dado *chamico*, el decantado talisman del amor; pero olvidan que la verdadera májia es la májia del corazon; el verdadero secreto para fijar á los hombres es conocerlos con esa consagracion y ese tierno olvido de sí misma para que fué formada la mujer.

SERVIDUMBRE DEL INDIO.

La servidumbre ha degradado al indio hasta el extremo que unos le consideran como un ser llevado por mal, y otros le comparan con la estúpida llama. Alguno ha dicho: los indios son llamas que hablan. Ellos no se cuentan entre las personas, se llaman simplemente una jente. Triste es confesarlo; pero la mayoría de los indios estraña á los progresos de la civilizacion nos aflije con los vicios del estado salvaje. Yacen en la ignorancia, son cobardes, indolentes, incapaces de reconocer los beneficios, sin entrañas, holgazanes, rateros, sin respeto por la verdad, y sin ningun sentimiento elevado, vegetan en la miseria y en las preocupaciones, viven en la embriaguez y se duermen en

la lascivia; mas no es éste el indio cual Dios le ha formado, es la tosca obra de la naturaleza desfigurada por la impía mano del hombre. La razon y la experiencia nos enseñan que el mísero siervo puede salir de su actual envilecimiento; y al través de su abyeccion se vé que la bondad es el fondo de su carácter. Sea para invocar vuestra proteccion, sea para daros las gracias cuando le injuriais, ó bien para haceros un simple saludo, os llama dulcemente *taita* (padre).

La etimología exacta ó arbitraria de *Huatanay*, rio que atraviesa el Cuzco, explica los eternos sufrimientos del indio, así bajo el gobierno paternal de los Incas como durante el coloniaje, y bajo la independendencia de su patria. Todos los años sale el rio de madre, y todos los años habian los indios de componer la estensa calzada. Se dice pues, que viendo que la Providencia parecia haberles dicho, *trabaja, trabaja*, como se dijo al judío errante, *marcha marcha* esclamaban: *Huatam, Huatam ¡Ananay!* año por año. ¡oh dolor! y este lamento dió oríjen al nombre *Huatanay*.

EL RECLUTAMIENTO.

¡Quién ha llevado la desolacion á los pueblos y á la campiña? la féria habia atraído á los de provincias lejanas para negociar en grande, ó para gozar los placeres de la concurrencia; la fiesta de la Virgen, cuya milagrosa imágen es objeto de una veneracion singular, iba reuniendo una mul-

titud prodijiosa de devotos; mas que la devocion, la inquietud por los toros que terminan los negocios y el culto, tenia en movimiento á los de las cercanías y a toda la provincia; la corrida no ha tenido lugar por falta de lidiadores; al santuario solo acude alguna pobre beata, yace solitario el mercado donde bullian los traficantes y curiosos; están desiertas las plazas, los caminos y las calles; no se encuentra un operario para continuar la fábrica de la casa cuya conclusion reclaman las próximas lluvias, los animales vagan por la campiña sin que nadie los cuide ni precave los daños, el trigo se está perdiendo por falta de segadores, el maiz se seca porque no hay quien lo riegue; solo se divisan entre los árboles, ó en el fondo de las casas, algunos niños y mujeres que reprimen mal sus sollozos. ¡Dónde están los hombres? ¡Quién los ha ahuyentado? Preguntad á la tímida vicuña que gozaba en la pampa de abundantes y apetecidos pastos porqué vaga por rocas inaccesibles, ó corre pavorosa por áridos desfiladeros nunca hollados por la planta del hombre. Huye de los cazadores crueles que por hacerse de su piel la perseguian de muerte. El indio huye igualmente de reclutadores sin piedad que á todo trance quieren cazarle para el ejército. Ni el confuso tumulto del dia, ni las sombras de la noche, ni el santuario de la divinidad, ni las habitaciones mas ocultas, ni el retiro de los campos podian salvarle de sus activosperseguidores; ha necesitado sepultarse en un laberinto de quebradas ignoradas, ó trepar á las escarpadas alturas á donde nunca falta la nieve. Ninguna consideracion podia libertarle; junto al recluta lleno de juventud y vi-

gor marcha el anciano cuya organizacion ya no puede doblegarse á los hábitos militares, el muchacho que aun no tiene la robustez necesaria para as fatigas de la guerra, y el valetudinario que sucumbirá en la primera marcha forzada; no se buscó con tanta solícitud al vagamundo, que era el escándalo del pueblo, como al infatigable labrador que dia y noche sudaba por fertilizar los campos, ni como al ingenioso platero cuyas obras eran el objeto de la admiracion universal. Todos fueron igualmente perseguidos como bestias salvajes con piedras, palos y otra suerte de armas; los han traído atados por las manos y la cintura como á viles delinquentes, y están aprisionados en el cuartel como peligrosos criminales.

Las autoridades que debian esforzarse por aligerar el tributo de sangre, y porque recayese sobre aquellos que con ménos perjuicios pudiesen soportarle, le convierten en el mas poderoso medio de persecucion empleandole de todas maneras para maltratar á las personas y atacar á las fortunas. Las raterías y violencias del comisionado, las exacciones y venganzas de los mandatarios, las mezquinas pasiones y dureza del oficial agravan la pesada carga hasta donde es difícil creer. Algun honrado padre de familia es puesto en libertad despues de haber sacrificado sus pequeños haberes; á otros mas desgraciados se les retiene aunque han dejado á perecer su familia. Un hábil albañil, padre de siete hijos marcha entre los reclutas, porque la necesidad de buscarles el pan le obligó á no continuar levantando sin salario la casa del gobernador. Un tendero tan laborioso como esforzado ha sido

entregado con especial recomendacion para que los jefes no le dejen escapar, que en él tendrán un buen soldado: es que alguna vez resistió animoso á los tiranos que intentaban saquearle. Una desventurada mujer con dos criaturas de la mano, otra en los brazos. y próxima á ser otra vez madre, reclama envano la libertad del hombre que es su providencia sobre la tierra: todos lloran; pero sus desgarradoras súplicas no son oidas porque el esposo marcha en reemplazo de un perdido, cuya querida logró interesar al comandante. Un ciego implora en vano le dejen al único hijo que es el báculo de su vejez y el sosten de su numerosa familia; el infeliz no tuvo como comprar al que se ofreció para soltarlo. ¡Cielo santo! ¿Y formados de este modo podrán nuestros ejércitos darnos gloria en el exterior, y ser el paladin de la libertad y del orden? No, que las lágrimas de tantos desgraciados llegan hasta el trono de la Justicia eterna, y el Dios de las batallas nos condena á desastres vergonzosos.

EL TRIBUTO.

El tributo es el símbolo de la esclavitud del indio, es el cuello desollado del perro de la fábula que hacia reconocer al lobo la cadena de que momentáneamente estaba libre. El indio no paga una contribucion en razon de lo que posee, ni porque debe contribuir como sus conciudadanos á sobre llevar las cargas del Estado; paga porque es indio. Y la paga no solo el robusto trabajador que está

en la edad señalada por la ley : páganla tambien el enfermo incurable, el idiota, el decrepito, el que apenas ha salido de la cuna, el que aun no ha nacido, el que ya murió. Se arranca el inicuo tributo de sus útiles de labranza, de sus herramientas, de sus muebles, sometiéndole á las tareas mal pagadas del esclavo, metiendo en la cárcel á su mujer. Cuando estos medios no bastan, se le quita la puerta de la casa, se destecha, se desatan las paredes para hacerse pago con la madera y adobes; á falta de todo se le obliga á vender á su hijo. Y sin embargo hay una cosa mas horrible que el tributo. El indio exclama con cierto aire de orgullo: soy tributario. En vez de entonar el himno de reconocimiento por su liberal abolicion, ha dicho: me engañan, renacerá la pesada carga bajo otro nombre, ó no me habré libertado de ella sino para sufrir mas del reclutamiento y ser mas duramente esplotado por los curas; algun amigo de la tiranía le ha alarmado secretamente indicándole que perdería sus tierras dejando de ser contribuyente; el desgraciado lo teme todo; acostumbrado á que el gobernador despoje á la viuda del terreno que cultivaron los abuelos del esposo, tal vez cree que no posee lo suyo sino por la gracia del Gobierno. ¡Es extranjero en la patria de sus padres, en su suelo nativo!

YANACONAS.

El *yanacona* ó indio de hacienda es el siervo de la edad média. Se creería que es enteramente li-

bre para cambiar de condicion, puesto que la ley no le ha ascrito al terreno; que no se le compra, ni se le vende. Pero si está exento de la servidumbre legal, demasiado le condenan las ideas y los hombres. El que vegeta en un rincon donde no llegan las luces ni el movimiento de los pueblos, sin ver mas que un palmo de cielo, no sabe ni cree que pudiera vivir fuera de su jaula. Y si quisiere volar al ancho mundo, no faltaría quien le cortase las alas. Vendiéndole, ó habiendo vendido á sus padres semillas y jéneros á un precio recargadísimo, pagando por ellos el tributo, se le ha abierto una cuenta que necesita saldar ántes de abandonar la hacienda, y que de seguro no saldará en su larga vida. El amo le concede un pedazo de terreno donde ha levantado su choza, y en donde ha de cosechar el sustento para sí y para su familia. En cambio está sometido arbitrariamente á multiplicadas faenas, sin mas paga que un poco de coca; cuando los trabajos son muy seguidos, se le señala un jornal cuyo valor desaparece en las ventas usurarias y malas cuentas. Está obligado á hacer su turno de pongo, sirve en la casa, vá de propio, y practica cuantos oficios place al señor feudal.

Apesar de esta mal disfrazada es esclavitud, acéptase á menudo voluntariamente la condicion del yanacona por libertarse del reclutamiento, por esperar con ménos inquietud los plazos del tributo, y por huir de las violencias y exacciones que sufre el indio de comunidad. Muchas veces el siervo voluntario pudiera aplaudirse del partido que ha abrazado. Como en los tiempos del feudalismo, hay amos bondadosos que son la providencia de sus

cultivadores. Pagan religiosamente su trabajo; en sus vastas posesiones les conceden tanto terreno para el cultivo y para la cria de ganados á cuanto se estienda su industria; y así es que hay yanacunas dueños de mil y dos mil cabezas, y con sus trojes henchidos de granos. Cuidan con el celo de padres de la educacion de todos, haciendo que principien y concluyan el dia con prácticas religiosas, casandolos muy jóvenes é impidiendo que en la hacienda haya la menor sombra de libertinaje, ociosidad ni robo. Sus yanacunas forman una familia tan unida, tan pura, tan bien tratada, que el amigo de la libertad perdona las bienhechoras cadenas. Aquí como en el santuario de las misiones, la servidumbre voluntaria oculta el yugo con el esplendor de la inocente dicha.

EL CHOLITO.

El *cholito* es el indio esclavizado casi al salir de la cuna. A veces es la madre quien condena á la servidumbre al hijo de sus entrañas, porque su miseria le hace creer será mas feliz en casa del amo, ó porque se vió obligada á venderle por el precio que exigieron para enterrar á su padre. Mas por lo comun el cholito ha sido sustraído á la ternura materna por alguno q' quiere especular con la carne de sus hermanos, ó hacer algun regalo. Inocentes criaturas jugueteaban en el borde de los caminos, ó apacentaban un pequeño rebaño, y fuéron cazados como una cria de vicuñas. En otros casos el ladron ha espiado largo tiempo la deseada presa, y echó-

le mano en el primer instante que la vió fuera de la casa paterna. Las gitanas tienen buen cuidado de ocultar su crimen; pero aquí es una cosa corriente, tolerada, he dicho mal, autorizada por la costumbre. Cuando salís para la sierra, las señoritas de Lima no dejan de pedir os un cholito y una cholita, y á veces os encargan tantos, que juzgariais se encuentran en los campos por parvadas. No es la empresa tan fácil; pero con un poco de actividad saldreis airoso en vuestro compromiso; á falta de otros os ayudarán el gobernador y el cura. Y no vayais á llevar los cholitos como un contrabando peligroso; nadie os perseguirá ni nadie os ha de censurar. ¿Quién se ocupa de esas dos existencias tan violentamente separadas? ¿quién se inquieta por esa madre que tan impensadamente perdió á su hijo, ni por esa tierna criatura que vá á crecer lejos de los suyos, como la flor solitaria del desierto? Y ademas, ¿no vá el cholito á una casa donde lo pasará mejor? ¿no le espera un porvenir mas lisonjero? Ah! hay algunos amos bondadosos que le crían y le tratan como á un hijo; pero ¡cuán corto es el número de estas almas jenerosas! A lo mas á que puede aspirar el cholito es á ser bien mirado por las niñas de la casa, y á ocupar en el corazon de ellas un lugar entre el mono y el perrito de faldas; á veces es el animal de sufrimiento; por lo comun su condicion es la del esclavo; y como tiene sobre este la desventaja de que como no ha costado mucho no puede venderse en alto precio, no se le cuida con tanta solicitud; su suerte es igual de ordinario á la del pobre antiguo que, como ha dicho Voltaire, si enfermaba, se le dejaba morir. Y por

afortunado que sea en la servidumbre, siempre habrá crecido sin la sombra de una madre, con esa sequedad de corazón y esterilidad de afectos que hacen la desgracia del expósito: se hallará en la tierra como el ave de pasto que quedó sin compañera, como la palma salitaria que vejetaba en Córdova léjos del Oriente donde tuvo su cuna, y como el melancólico Califa que apesar de sus brillantes destinos, lloraba su comun destierro. Los vicios vendrán á hacerle compañía. Por lo comun, los cholitos huyen y se abandonan al rayar la juventud, las cholitas se pierden poco despues. El mayor número se preservó con tiempo de esta desgracia; transportados sin cuidado á climas peligrosísimos para los hijos de la sierra y cambiado bruscamente todo su réjimen, suelen perecer á poco de ser traídos á la costa. Son los mas dichosos.

INDIO DE LA MONTAÑA.

El indio que habita á la entrada de la montaña, se halla física y moralmente en los confines de la civilizacion con la barbarie. En pocas horas llega á los pueblos de la sierra y solo un rio lo separa de los chunchos. Su índole apacible, su vestido, su lenguaje, su culto, su jenerosa hospitalidad le dan el aire del hombre civilizado; su rudeza é indolencia revelan al salvaje; tal vez es ménos activo y despejado que el hijo de los bosques. Perezoso como el *unó* que por no bajar se deja caer de los arboles, se contenta con dormir á la sombra del na-

ranjo y plátano, toma á menudo la fruta del suelo en vez de subir á las ramas, la soca de la caña dulce que plantaron sus abuelos ó sinó huarapo para embriagarse; no come carne ni papas sino cuando el traficante de la sierra se las trae en cámbio de sus piñas y demas productos de la montaña; bebe una agua cenegosa y hedionda por no caminar las pocas cuadras que dista la del manantial purísima; y no se esfuerza por construir un solo lecho para preservarse de la humedad que le causa una hidropesía general, ó como se dice entre ellos, que le *abomba*. Os verá que en una hora clavando cuatro estacas y acomodando sobre ellas unos pocos carrizos estais á cubierto de tan grave dolencia, y vuestro ejemplo no le moverá á comprar largos años de salud con tan ligero trabajo. Se habia encargado á un carpintero construyese un toscó cajon para conducir plantas medicinales y al cabo de ocho dias, estaba sin concluirlo alegando que le faltaban tablas. Es lo mismo que si en los desiertos nos quejáramos de falta de arena. Su malicia es la del tonto. Dí yo plata á un alcalde para que me comprase gallinas, y apenas habia andado media cuadra, cuando regresó diciendo que se le habia perdido el dinero en los seguros bolsillos del calzon. Para imponer al bellaco quitéle el baston; y aunque era fácil sustituirlo con los palos que tenia á la mano, por recobrarlo trájome luego las gallinas, y me pidió su vara riyendo estúpida-mente; su apatía espanta.

Al descender rápidamente de la cordillera á la montaña, traíame absorto la magnificencia del espectáculo; olvidéme de las molestias de los cami-

nos, (si caminos pueden llamarse esas estrechas y tortuosas caídas erizadas de piedras obstruidas, por los troncos, é inundadas de agua,) cuando pasaba por entre esos arcos triunfales con que la naturaleza parece complacerse en celebrar su triunfo.

Deseaba poner en presencia de tales maravillas á esas almas sensibles de Europa que se extasian ante las galas de un bosquecillo. Sobre todo me devoraba el ansia de encontrar un hombre que me diese razon de esos bosques vírgenes donde la vida ofrece milagros, donde el chuncho arrastra una existencia singular, donde rios, árboles y animales, todo es raro, todo magnífico, todo bello. Hallé no un hombre sino muchos, y cuando yo esperaba que nada ignorasen á cerca de esos prodigios, distantes solo tres leguas, por cuya contemplacion podria uno venir de los últimos confines de la tierra, me asombraron diciendo que nunca habian penetrado en la montaña real. Cuando les pregunté que causa les habia impedido la entrada, ¿y para qué ir? me replicaron friamente, como si nada hubiese en ellos que mereciese despertar la curiosidad del hombre. Parece que nunca se hubieran fijado en las distancias ó que les fuera imposible calcularlas. Marchamos por un camino que han recorrido mil veces, les preguntamos cuanto dista el término de nuestra excursion; *cuatro cuadras*, dicen, y si despues que hemos andado dos leguas les repetimos la pregunta contestan—*cuatro leguas*, y no es porque no sepan explicarse. Si en vez de hablar por leguas se les pregunta el tiempo que se tardará en llegar, responden *medio dia*, cuando faltan menos de una hora, ó un rato faltando acaso

un dia entero. Sus cortos alcances se manifiestan hasta en sus ardides. El leon ó jaguar teme al hombre y asalta á los perros; pues bien, uno de nuestros montañeses para espantar á la fiera, se colocó en cuatro pies en un sitio oscuro y principió á imitar los ladridos. El cuitado no se acordó de que era hombre hasta que se vió despedazado por la cortante garra.

EL INDIO DE COMUNIDAD.

El indio de comunidad no está bajo el yugo de un señor como el yanacona; es libre, al ménos así se dice, y así parece. De ordinario posee algunas tierras, una casita, vaquitas, ovejas, gallinas, chanchos, algun borrico ó caballo; ejerce un arte, ó puede alquilar sus brazos al que le pague el justo salario. La constitucion le cuenta entre los ciudadanos que pueden elegir y ser elejidos para los destinos de los pueblos, y para los altos cargos de la República. Todas las carreras le están abiertas. El hombre sensible cuyo corazon ha sido despedazado por los vicios de una civilizacion avanzada, envidiaría al primer aspecto la suerte de ciertos indios. Habitan á la cabeza de un valle delicioso entre calles de alizos, bajo un cielo purísimo, respirando un aire embalsamado por los rosales, dalias, mirtos, claveles, alelíos y otras bellísimas flores que circundan su casa; frescas y sabrosas aguas templan su sed; dále su vaca leche mantecosa y delicado queso; harinosas papas, dulces choclos, quinua, alverjas,

y otras legumbres y granos su chacra; en la vecina laguna que reflejando la pompa de los cielos ofrece por las noches un espectáculo embelesador, se crían los chorlitos, los patos y otras aves acuáticas; abundan los vagres en el río que atraviesa el valle; la perdíz es fácil de cazar en los pajonales que le coronan; dos ó tres días bastan para traer de la montaña los plátanos, los camotes, la piña, la chirimoya, la palta, la granadilla, el café, y demás frutos privilegiados de las rejiones equinocciales. Una esposa fiel y diligente hila lana para sus ponchos, adereza la comida, ó prepara la chicha que alegra los corazones. Hijos rollizos, si todavía no pueden ayudarle en las labores del campo, juegan con el ternero y los corderitos. Las fiestas de la poblacion y las faenas de cofradia entre vecinos, prestan un grato solaz á sus fatigas. No turban su sueño el destemplado grito del ladron, ni la voz lastimera del mendigo. Sus días se deslizan apacibles y risueños, como las aguas del arroyuelo á cuyas orillas gusta adormecerse. Vive contento porque sus deseos son inspirados por la naturaleza, y todos sus deseos naturales están satisfechos.

¿No se diría que la vida de tales indios es la imagen de la inocente felicidad que nuestros padres gozaron en el paraiso? Ah! estas pinturas tan lisonjeras pierden su brillo por la rudeza é indolencia del indio, por el desaseo de su persona y casa, por sus groceros placeres y la pequeñez de sus miras. El cuadro se presenta sombrío y horrible al contemplar la dura servidumbre que sufren los de su comunidad, y de laque él no puede considerarse

enteramente exento. Están á merced de los milamos que la sociedad les ha impuesto. El mandatorio los toma para reclutas, para guias ó para propios; el soldado se lleva las bestias de sus campos; el gobernador le despoja de su chacra bajo pretesto de asegurar el pago del tributo; el hacendado condena sus tierras á la esterilidad quitándoles su turno de agua, y sus ganados á morir de hambre arrojándoles de sus propios pastos; el cura los acaba con el pago de bautismos, casamientos y entierros, con los costosos cargos á que les obliga en las fiestas, con los servicios personales que les exige, y cobrándoles primicia de los frutos de la tierra, de la leche de la vaca, del queso que con ella fabrican, y del ternero que alimenta; el gobierno les impone faenas sin otra recompensa que los malos tratamientos de los sobre estantes; los particulares los fuerzan á trabajar pagándoles con golpes y malas cuentas; cualquiera los maltrata á mansalva seguro de que los jueces estarán sordos á su demanda si se atreve á pedir justicia. ¡Ay del indio si su esposa logró agradar al poderoso! la arrancarán de su lado al salir del templo, la sacarán de entre sus brazos, del lecho nupcial; á él lo encarcelarán sin la menor sombra de delito, y ella irá á satisfacer la lascivia del monstruo que luego se jactará en público de su horrendo crimen. Tambien se gloria impunemente de su hazaña el que roba á los indios sus hijos. ¡Y todavía diremos que son libres? ¿osarémos llamarlos nuestros iguales, nuestros conciudadanos? ¿se invocará en ellos la magestad del pueblo soberano? Tambien Pilatos despues de ensangrentar al Hombre Dios á fuerza

de azotes, clavada una corona de espinas sobre sus sienes, y puesto un cetro de caña en sus manos, le saludaba diciendo: "Dios te guarde, Rey de los judíos."

LA MONTAÑA.

Al acercarse á la montaña admira tanto el poder que destruye como el poder que crea. Las ruinas de las maravillas humanas que son al mismo tiempo la obra y el asombro de los siglos, no pueden dar idea de los estragos del derrumbe pasajero. No son solo selvas enteras de árboles colosales sepultados por la fuerza de la explosion, rios caudalosos detenidos en su curso por los escombros y convertidos en verdosos lagos: véanse enormes rocas transportadas á largas distancias, altísimos cerros que instantáneamente desplomados pusieron el abismo al nivel de la llanura.

A veces se descubren dilatadísimos pajonales que se presentan como un océano de verdura; pero el milagro de la vegetacion son los bosques vírgenes. Las yerbas reemplazan á las piedras y se han convertido en árboles, los árboles son colosos que sosteniendo en sus enormes troncos cien plantas diferentes, representan un bosque en compendio. Se camina entre bosques, se los tiene á los lados, á los piés y sobre la cabeza, en el cielo y en los abismos. Cuando se les vé dibujarse en las nubes y sobre estos bosques aéreos levantarse otros que no son todavía los mas altos; y luego allá en la profundidad se divisa otra série interminable de

bosques, los cuales unos tienen sus cimas al nivel de las raíces de otros. No es admiración lo que el hombre experimenta; es el sentimiento del poder sin límites que acaba con la pequeñez de nuestras facultades. La naturaleza ha vencido á la imaginación, y la realidad ha ido mas lejos que la poesía.

Los ríos realzan singularmente las maravillas de las selvas; ya se extienden majestuosamente como un lago sin orillas y en sus aguas apacibles reflejan los árboles gigantescos y la bóveda estrellada; ya ocupados por rocas semejantes á las ruinas de un mundo antiguo, ó precipitándose por una angostura, dan espantosos bramidos que contrastan con la serenidad del cielo. Los hay que saliendo de entre un bellissimo pórtico formado por palmeras, cedros y bejucos, parece que nacieran de las hojas. Otras veces cae el agua de doscientas y mas varas, y cuando llega á la tierra, se le tomaría por un vapor iluminado. La gota se ha convertido en polvo brillante é impalpable.

Sorprende á menudo el silencio del bosque; suelen escasear los individuos por la falta de subsistencia, pero pueden multiplicarse las especies por la ausencia del hombre, y su poco influjo en un mundo en el que lejos de ser el centro de la creación, es dominado por los otros vivientes, y en donde los animales pueden morar libremente en su herencia propia; sin embargo, el jaguar viene á sorprender á las bestias domésticas, y su sordo ruido junto á mi cabeza me ha despertado con sobresalto; los monos corren de rama en rama formando repúblicas aéreas, el aguti roe los sembrados, la venenosa sierpe se oculta entre las matas y junto

á las corrientes, el pecari se reúne en manadas, la impetuosa danta vá rompiendo los vástagos, grandes hormigas cargan y vuelven á cargar semillas, el mosquito forma nubes, la dorada ninánica traba un combate á muerte con la sapallanca, y una vez muerta la araña, el piadoso insecto la sepulta entre la arena; revolotean confundidas esas flores celestes que llamamos mariposas y colibrís, admirables ámbas por sus brillantes colores, y por la gracia de su leve vuelo, notables estos por su pequeñez, aquellas por su magnitud que excede á los de muchos pajaritos. ¿Quién podría pintar los primores de la infinita variedad de aves? ¿á quien no, embelesan esos músicos de la soledad, de los que unos exhalan tristísimas melodías; otros recorren los tonos del órgano; y en algunos no se sabe que admirar mas, si la variedad, ó la dulzura de los cánticos? Se oyen además en la espesura de los bosques sonidos misteriosos que vienen á llenar las horas apacibles de la noche cuando las aguas del río parecen detenidas por un encanto, cuando el viento duerme entre el follaje inclinado á la tierra, y los séres animados gozan en reposo de esas frescas sombras. Nadie puede decir si el silencio es interrumpido por el arrullo del ave, ó por el zumbido del insecto.

En la montaña apenas tiene el hombre sino que gozar de los dones prodigados por la naturaleza. Dále pesca el río, carne las aves y cuadrúpedos; con rozar un pedazo de tierra y arrojar en ella sin preparacion algunas semillas ó vástagos, sóbranle alimentos para sí y para su familia, sin necesidad de riegos, ni de otro cultivo. Si contra algo tiene

que luchar, es contra la exuberancia de la vida. El trigo no grana por el vicio del crecimiento, el campo abandonado un año conviértese al siguiente en densa selva. ¡Felices los moradores de la montaña si la fácil subsistencia no les inspirara una indolencia enemiga de todo progreso, y si las lluvias que cubren instantáneamente la tierra como en los días del diluvio, la humedad constante y el calor abrumador, no hiciesen vacilar su salud, y no arrebatasen prematuramente su existencia.

EL CHUNCHO.

Los chunchos ocupan mas de un tercio del Perú; sobre quince mil leguas cuadradas, á contar solo por los grados de longitud y latitud, se extienden por las mas fértiles rejiones del mundo; y sin embargo su número es tan corto, que en la inmensidad de la montaña apenas se contarán algunos miles. Impide su multiplicacion la falta de subsistencias; pues la pesca solo es abundante en los grandes rios, y aun en ellos las avenidas la hacen sumamente difícil; la caza es precaria, y las copiosas y continuadas lluvias casi la imposibilitan por muchos meses, la tierra abandonada á sí misma solo ofrece como alimentos raras raices, el fruto de algunas palmeras y escasísimos tallos; el cultivo que podria sostener á millares de habitantes, es tan reducido, que con dificultad alcanza al mantenimiento de algunas familias; se limita á pedazos de terreno sembrados de maiz, yuca, ají, camotes y

alguna otra planta alimenticia que cultivaban desde la antigüedad, ó que tomaron de los pueblos civilizados cuando momentáneamente estuvieron bajo la direccion de los misioneros. Tambien han conservado desde entónces algunas tribus la cría de gallinas, puercos y vacas; pero muy en pequeño. A la escasez de subsistencias se unen para limitar el número de los chunchos la insalubridad del clima, cuyo aire cálido y húmedo, cargado de las emanaciones de los pantanos, no pudiendo circular libremente en los espesos bosques produce fiebres mortíferas, disenterias, hidropesias y otras graves dolencias. Perjudican mucho al aumento de poblacion las guerras exterminadoras, y los vicios que en tiempo de paz siegan las jeneraciones.

El chuncho está casi siempre en lucha con las tribus vecinas, ya por espíritu de esas venganzas implacables que forman el fondo del salvaje, ya para robar mujeres que sacien su lujuria; y en ciertas hordas para tomar prisioneros cuyas carnes palpitantes le sirvan de alimento. Sus instintos feroces dan á la guerra un poder de destruccion mayor que el de las erupciones volcánicas. Hieren por herir, matan por matar, destruyen por destruir; hombrés y animales, cuanto está al alcance de sus voladoras flechas, de su pesada macana, ó de su pez incendiaria, sufre su accion exterminadora. La sed de dañar es en ellos mas imperiosa que el interés, acalla todo sentimiento de gratitud, y se irrita con el menor recelo. Están recibiendo obsequios de vuestra parte, y á corta distancia despiden una nube de flechas contra vuestros animales y compañeros. ¡Virtuoso é ilustrado Cimini! Tú que unias

las meditaciones devotas á la lectura de Homero, de Virgilio, del Taso y de Milton; tú en quien el celo apostólico competía con la amabilidad del cortesano, y que sabias sér tolerante sin dejar de ser austero, entusiasta sin fanatismo, misionero ejemplar y hombre de mundo, has muerto obscuramente á manos de estos bárbaros! Ni tus benéficas tareas, ni la encantadora dulzura que brotaba de tu corazón, siempre en día de fiesta; ni el afecto que te mostraban los chunchos de Huanta, fueron bastantes para impedir que sospechando de tí por las pérfidas insinuaciones de un malvado, te martirizarasen cuando ya iban á gozar todas las ventajas de la civilización evanjélica.

La pereza, la lujuria y la embriaguez llenan casi todos los días pacíficos del chuncho. Pasa las semanas tendido sobre la estera, ó dormitando en la hamaca, y al ver su profunda inacción se le tomaría por la estatua de la inmovilidad silenciosa. Sus mujeres están en eternos afanes para abastecerle de bebidas que le embriaguen; solo cuando se hallan borrachos, saltan, ríen, riñen, y dan gritos que atruenan. Lascivo sobre todo encarecimiento se duerme en el deleite, busca muchas esposas, y extraño á todo sentimiento de pudor, solemniza á veces su matrimonio consumandole á presencia de toda la tribu. La vista de una rabona despreciable le enloquece, y no puede comprender que hayan hombres castos. Cuando Cimini fué por primera vez á Sarayacu, sus habitantes lo que mas admiraban en el nuevo misionero era, que no podían descubrir la compañera de sus noches; por satisfacer su curiosidad escalaron una noche la casa, y

viendo que dormia solo le tuvieron por un ser divino. Un sencillo donado que marchó en su compañía, regresó pronto al santuario de Ocopa. No se puede vivir, me decia, entre mujeres tan desnudas, tan malas. Y sin embargo, el temor debia hacerlas castas, porque la adúltera sufre entre algunas hordas el suplicio de ser devorada. Tribus ménos celosas presentan al viajero por primer obsequio á las esposas ó á las hijas.

El chuncho tiene una gran repugnancia á la vida civil; desde la sublevacion de Juan Santos han vuelto á la vagancia de los bosques la mayor parte de las reducciones; todo el celo, dulzura y prestigio de los misioneros no impiden el que en una noche desaparezca un pueblo que fué la obra de largos años. Un simple capricho dispersó la multitud; otras veces se ha ahuyentado por que murió uno de los vecinos; y con mas frecuencia porque unas familias sospechan de otras que les puedan hacer graves daños mirandoles con ojos mal intencionados. La dulce persuacion no es bastante para fijar el humor vagamundo de los chunchos, y aun es en extremo peligroso ponerse á merced de ellos, porque solo el temor puede contener con seguridad sus ímpetus feroces. Afortunadamente son tan cobardes, que un arma de fuego basta para intimidarles. Un valiente veterano vive en frente de una horda alevosa que le respeta porque le vé siempre con la escopeta al lado. El simple ruido de un cañonazo disparado al aire ahuyentó á un enjambre de furiosos que venian á asaltarnos, bramando como la tempestad. Horas despues habiéndolo dirijido yo el antejo á un grupo lejano, los ví

precipitarse en el Chanchamayo con el terror pintado en el semblante. Algunos hombres bien armados y vijilantes para que los salvajes se convenzan de que no se dejarán sorprender, pueden recorrer impunemente toda la montaña. Apesar de su cobardía tienen algunas tribus el valor en-alta estima. Un misionero logró reducir á una de las mas feroces, permaneciendo sereno mientras atado á un árbol llovian las flechas en torno de su cuerpo.

La industria del chuncho se reduce á bien poca cosa. Quema un pequeño terreno á la orilla del rio, y una vez rozado arroja en él la semilla, ó el vástago. Unos cuantos palos le vastan para formar las columnas de un corredor abierto por todas partes, que cubre con ramas. y donde una ó varias familias descansan sobre esteras, tapándose en las noches frescas con sábanas de lantama, que es una corteza preparada injeniosamente. Es hábil en la fábrica de arcos y flechas que adorna con plumas, y que sabe disparar de un modo tan certero sea horizontalmente, sea por elevacion, que apenas ha salido de la cuna cuando ya acierta á derribar los altos pájaros. Están bien construidas sus redes de pescar y las canoas en que atraviesa el rio, y posee algunas herramientas. El comercio con los del Brasil, ó con nuestras fronteras de Maynas y Huanta le facilita su adquisicion; pero en las orillas del Chanchamayo las fabrica él mismo, habiendo conservado desde la estinguida reduccion fráguas donde trabaja el hierro. Su vestido es sencillo, Una *cusma*, especie de camisa que llega hasta las rodillas, hecha de algodón bien hilado y bien tejido, es su vestido ordinario. Para el festin y la guerra se adorna con

una corona de plumas, y con largos rosarios de cuentas y dientes de mono. Píntase con achiote y otros colores vivos que forman manchas y rayas caprichosas. Tiene en el mayor desprecio los objetos cuyo uso desconoce; se le ha visto romper los espejos, pañuelos y otros dijes que le llevaban de obsequio.

Viviendo el chuncho solo para el día, tan olvidado de ayer como descuidado por el porvenir, tiene pocas ideas religiosas. Sus raros homenajes de culto se limitan á mostrar su reconocimiento, y mas á menudo su temor servil á las fuerzas de la naturaleza que dominan de un modo palpable su existencia. Su terror es natural: ¡la naturaleza se muestra tan grande, y él es tan pequeño! Acerca de la vida futura se muestra algo mas solícito. Cuando muere alguno de los suyos, suele llamar al médico que es tambien el adivino: el charlatan que pretende leer en los destinos de los muertos, se hace preparar un buen banquete, y despues de haber pasado algunas horas regalándose con sus comidas y bebidas, practica algunas ceremonias frívolas, al cabo de las cuales consuela á la familia asegurándole que el difunto está ya en una situacion venturosa. Así están perdidas para la civilizacion las mas bellas rejiones de nuestra patria donde crecen inútilmente las maderas mejores para los ricos muebles y las grandes construcciones, donde abundan la cascarilla, la hipecacuana, la zarzaparrilla, los bálsamos y otros tesoros de la medicina; donde la vainilla embalsama los aires. Hay árboles que dan leche como vacas, algodon como la seda, abundante cera ó valiosa gutapercha: prospera la ca-

ña de azúcar por un siglo; y el café, el cacao, y toda producción intertropical se dá en abundancia y sin esfuerzo. Todo anuncia la presencia de oro en rios que, sin necesidad de lavaderos, nos inundarian de riquezas facilitando nuestras comunicaciones con el mundo civilizado. ¡Quiera el cielo que un gobierno ilustrado y amante de los pueblos fije sus miradas en esta tierra de promisión.

EMBRIAGUEZ DEL INDIO.

La embriaguez ocupa la vida entera del indio y forma su glorificación. Se embriaga por el nacimiento, por el corte de pelo, por el matrimonio y por el entierro. Licores quiere para ser maltratado y para consolarse del maltrato; borracho emprende su viaje, se emborracha en el camino, y al regresar á casa; borracho concluye las diversiones y los negocios. *Valor* pide para combatir y para trabajar, y llama *valor* á la chicha y aguardiente. Su adoración á Dios es una borrachera, y no se embriaga á solas sino por pueblos y calles; en una gran festividad no hay con quien hablar; tan embriagados están el gobernador y los *principales* como la ínfima plebe. Y no penseis que cuando se siente enajenado por la bebida va á sustraerse á vuestras miradas; al contrario, os busca, os persigue, se os presenta como gloriándose y ostentando su grandeza. Si cuando se aparece con turbios ojos, abotagado el semblante, la voz ronca y paso vacilante, le decís: estás borracho, se llena de sa-

tisfaccion y se pone tan orgulloso como el triunfador romano que subia al capitolio. Lo que hay de mas lamentable es, que para tan brutales excesos iguales son la mujer y el varon, el niño y el adulto; juntos se embriagan familias y poblaciones sin distincion de sexos ni edades. Los curas que debian inspirar siempre ideas mas dignas de seres racionales, se contajian á veces con el vicio popular. Alguno de ellos tiene que ser conducido á la casa parroquial por sus feligreses. Y ha habido anciano que no se ha separado de la botella, á pesar de estar ya todo hinchado y amoratado el rostro. Amenazado por el médico con una muerte próxima si no dejaba el vicio, ha preguntado: *“¿y cuánto podré vivir absteniéndome de la bebida?”* habiéndole contestado, que algunos años mas, ha replicado: *“pues prefiero morir con mi chicha.”* Y en efecto ha muerto borracho.

RATERIAS DEL INDIO.

El indio no tiene el atrevimiento del salteador de caminos, y por eso no es para los robos en grande. Mandad sin inquietud una carga de plata con solo el conductor, que llegará á su destino. Si dejasteis olvidada una prenda valiosa en la calle ó en el campo, nadie se atreverá á tomarla. Pero los objetos de poca monta los sustraerá el indio de vuestra propia vista, casi de vuestras manos. Nada le inspira el respeto á los bienes ajenos, y todo le mueve á desconocer la propiedad; así es

que no puede acercarnos sin robar algo, una bagatela, un harapo, un utensilio de que ya no hacemos aprecio. Sacará la yuca y la carne de la olla, y las enterrará provisionalmente en la cocina; escarvará la tierra para llevarse las papas que acaba de sembrar por nuestra cuenta, sin cuidarse del considerable desfalco que su pequeño hurto ocasiona en la cosecha. Al trasquilar el ganado ocultará algún vellon entre las espinas y piedras. No saldrá de la mina sino con el cuerpo y cabello cubierto de polvo metálico. De cualquier riqueza que se le confíe, sustraerá siempre algo. Mandóse á un pongo á comprar el remedio de Le-Roy, y trajo tan corta cantidad, que fué necesario repetirle su ida á la botica. Tambien en esta segunda vez fué tan escaso el medicamento que se creyó necesario renovar la compra, sin embargo de que no se comprendia porque el farmacéutico habia encarecido tan inesperadamente sus efectos. Un accidente sobrevenido al pongo aclara todo el secreto; la vomipurga habia desconcertado su máquina, porque en todos tres casos se bebió la mitad de la cantidad comprada. Así me han robado los trozos de azúcar como las píldoras de quinina, y para que no se envenenaran me he visto en la necesidad de ocultar las substancias heróicas. Para estos robos emplean en ocasiones los indios ardides singulares, ardides como los suyos. Uno que conducia cien pesos regresó con la cara ensangrentada y la cabeza rota, diciendo que los ladrones le habian maltratado para quitarle un peso; era él mismo quien de su voluntad se pusiera en tan mal estado por quedarse con tan pequeña porcion

de la suma confiada. Otro queria robar bestias guardadas por veladores celosos; para burlar su vijilancia cubrióse con tercios de alfalfa y se acercó pausadamente andando en cuatro piés; las mulas que le tomaron por pasto ambulante, siguieron sus huellas, y así logró apoderarse de algunas sin que nadie le sintiese.

PREOCUPACIONES DE LOS INDIOS.

Los indios piensan poco, y hablan ménos; su taciturnidad y raras meditaciones impiden que se propaguen entre ellos los numerosos errores que cunden en otros pueblos; pero como no es posible dejen de ocuparse de sus relaciones diarias con el universo, de su porvenir, de su salud, de sus cosechas, de las personas á quienes detestan, ó que les interesan vivamente; aguijoneados por el deseo, turbados por la esperanza y el temor se entregan á las opiniones de la ignorancia, y sufren el yugo de preocupaciones análogas á las que encadenan al resto de la tierra.

Se les cuenta entre los católicos, porque reciben los sacramentos, aman la pompa del culto, y pagan diezmos y primicias; pero pocos conocen bien la doctrina cristiana, son raros los que han entrado en el espíritu del evangelio; y si bien las antiguas supersticiones casi han desaparecido de los pueblos litorales y de sierra donde estuvieron poco arraigadas, y donde han luchado con ménos ventaja contra el progreso de las luces; se conservan bas-

tantes en aquellos lugares ménos accesibles á la antorcha de la civilizacion, y que un dia fueron el foco de la idolatría. Los indios solemzian las fiestas con las mismas bacanales que les hacian desear los dias consagrados al sol; mas que el sentimiento religioso, les domina el amor de funciones que embriagan. Tienen mas fé en los santos que en el Criador de cielos y tierra; y sus homenajes apenas aciertan á elevarse sobre la imájen. Cualquiera hubiera creído que el Dios de la plebe cuzqueña era una estátua obsequiada por los reyes de España, á la que veneran bajo el nombre del *Señor de los Temblores*, si hubiera presenciado el terrible motin que produjo el temor de perderlo. La alta noche tenia sosegados á los hombres en el asilo doméstico, la naturaleza se dormía entre las silenciosas sombras; súbitamente corrió la voz de que la venerada imájen iba á ser llevada á Bolivia dejando en su lugar la copia que se sacaba en secreto; y con una celeridad prodijiosa se inundaron las calles y plazas de los devotos que acudian volando de siete leguas en contorno. El gobierno quiso comprimir el tumulto; numerosas tropas amenazaron con repetidas descargas, tronó el cañon; pero el pueblo cada vez mas exaltado arrolló á los soldados, despedazó é hizo arrastrar la engañosa copia, y condujo el orijinal sagrado á un templo mas seguro. Imposible es dar una idea del estado de los ánimos. Su furor no tenia límites, estaban desesperados los unos, inconsolables los otros, se arrancaban los cabellos, dábanse así mismos desapiadados golpes, ¿para qué hemos de vivir, gritaban, si se llevan á nuestro Dios? matad-

nos;” y en efecto se mataron unos á otros. Un personaje que era considerado como el padre de la patria, cayó en descrédito por haber tenido la imprudencia de decir á una mujer que le hacia una súplica: “pídelo á tu Señor de los Temblores.” Un canónigo de mucho prestigio, cuando despues de algunos dias se creia pasada la efervescencia, subió al púlpito á fin de persurdirles á que la imájen fuése trasladada á su antiguo santuario: “arrojen á ese Judas, clamaron, que quiere vender á Cristo,” y el orador hubo de bajar precipitadamente aterrado por las amenazas é insultos. Algunas beatas tienen una manera bien diferente de manifestar su fé: Hay quien no comulga porque Dios solo favorece la bandera política que ella abrazó, y tiene arrojados los santos en un rincón mientras no cambia la situación. Tambien se conservan junto á la adoracion cristiana los restos de la jentilidad. Al trepar á lo alto de sus grandes cuestras, se vé la cruz que recuerda al Hombre Dios, rodeada de *apachites* ó montones de piedras mas numerosas cada dia. Olvidado el sentido de la antigua supersticion colocan unos sus piedras sin fijarse en lo que hacen; otros para que en la subida, y en la continuacion del viaje se liberten de desgracias, y no pocos, para conocer si su mujer se olvidó en la ausencia de los deberes conyugales. Cuando al regreso está caída la piedra que dejaron en pie, creen que la consorte fué infiel, y sin mas datos la golpean con crueldad. Como en tiempo de los Incas se dirijen todavia algunos al sol, á las estrellas, al fuego, al trueno, á la tierra, al mar, al espíritu del valle, á la fuente, á

la cueva, al jénio de la peste, á la chicha, á los útiles de cocina; halagan á los demas seres naturales, é invocan su proteccion, claman al sol: padre sol; dáme vida; á las estrellas "señoras" estrellas que sustentais mis ovejas, multiplicadlas mas y mis corderos: al fuego; ayudame noble fuego que ardes, ayuntador de jentes; al trueno: ó trueno de oro, ó gran trueno y ruido; vienés con aguacero y con agua; á la tierra: madre tierra larga y estendida, traeme entre tus brazos con bien; al mar: ó madre mar, del cabo del mundo llueve y rocía; pues te adoro; al valle: ó madre tierra de los yungas, guardame, y esté yo en tí sin desgracia; á la fuente: ó madre fuente, dáme agua sin cesar, orina sin parar; á la cueva: he de dormir en tí, te adoro porque me des buen sueño; hazme soñar bien; á la peste: ó rey de las enfermedades, pasa, y déjame que soy pobre y miserable, ten piedad de mí; á la chicha: madre y chicha, clara como el oro, guárdame y no me emborraches; á los útiles de cocina: fogon, ollas, guardemonos unos á otros muchos años; á los halcones: adoroos, halcones, porque sois los que haceis los hombres. De la misma manera dirijen sus plegarias á los demas poderes de la naturaleza; á todos los que personifican atribuyéndoles una madre ó espíritu que es la causa de la virtud. Bello rasgo de una imaginacion que anima á la materia, é inmundá el universo de poesía!

Las creencias del cristianismo han dado tambien lugar entre la jente superticiosa á algunas creaciones de la fantasía. La mujer que vive con un eclesiástico, teme que durante el sueño le cas-

tigue el cielo transformándola en mula errada y condenándola á recorrer las calles en las horas de reposo, hecho su cuerpo una llamarada: por eso cuando la plebe vé á alguna que principia á estrechar sus relaciones, dice, que ya le está creciendo el casco. Un olor hediondo hace exclamar á algunas viejas, *paso*, palabra de clemencia que dirigen á la sangre de un difunto, la cual creen haya dejado su mansion eterna para pedirles perdon. Otros entierran sus uñas diciendo: no os quiero venir á buscar despues de muerto. Algunos se ponen al cuello hilos torcidos al revés para libertarse del diablo y de todo mal. Cuando principiaron las confesiones, muchos acudian á los hermanos y hermanas mayores para hacer su examen de conciencia, y conforme á las indicaciones caprichosas de estos, formaban su quipo de pecados; este quipo les servia para las confesiones sucesivas, aunque hubiesen cambiado de vida, y lo prestaban á otros penitentes que seguian conductas muy diferentes. Para no ser descubiertas procuraban cambiar de confesor. Nunca confesaban las faltas de que no se les preguntaba, y no pensaban en la penitencia desde que eran absueltas. Algunos lo hicieron por medio de otras personas. Preguntado un indio si habia cumplido su penitencia, contestó, si padre, y á la mayor brevedad, porque la he dividido entre tres amigos.

Mas comun que estas supersticiones relegadas por el espíritu del siglo á obscuras estancias es entre los indios el deseo de rasgar denso velo del porvenir interpretando caprichosamente los sueños, dando valor á sucesos insignificantes, ó consultando

á los adivinos. El sentido de los sueños se saca de los fantasmas que en ellos aparecen: el tránsito por un puente anuncia la separacion de alguna persona; la comida de pescados una borrachera; los venados, culebras, perdices, y las personas con la cabeza, ó manos cortadas, que no sucederá lo que se estaba pensando al acostarse; los halcones ó buitres, que se tendrán hijos; la lana ó redes, que asaltará la tristeza; la leña de quinquar, que habrá mucha ropa; la quinua, el abatimiento; el sol ó la luna, la muerte de algun pariente; una persona arrebosada con manta, el fallecimiento del que sueña; las aves, el miedo; y un negro, un perro, ó un puerco, grandes desgracias. Cuando al salir de casa se tropieza con el pié derecho, se confiesa el buen éxito de lo que en ese instante se piensa; y no se cree en él, tropezando con el izquierdo; en uno y otro caso se agujerea con el prendedor el sitio donde se tropezó. Al ver sierpes, perros, ó aves nocturnas, se teme algun peligro, y se dice al oír el canto de la lechuza, sobre tí venga ese canto.

Las culebras ó grandes mariposas presajian la muerte, por lo que, se les pisotea con el pié izquierdo. Esclamase al temblar el párpado: tengo de llorar, ó ver algo; y al picar el pié: á alguna parte he de ir. El picar de las manos dá la esperanza de algun regalo, el zumbido de los oídos presajando siempre que se ocupan de uno; indica que para hablar bienes, si el que zumba es el derecho, y males si es el izquierdo. La coca que tiene un sabor dulce, es de feliz agüero, de siniestro cuando se encuentra amarga. Los amantes procuran conocer

de todos modos la suerte que les espera: elijen entre las mazorcas la sumazara "maiz hermoso y otras señaladas para ver si volveran á anudarse los rotos lazos; la coronta arrojada al aire, si cae con la punta vuelta hacia ellos, manifiesta que los recuerda su dueño; su olvido cayendo de otro modo, y en este caso se enfurecen contra la sustancia inanimada como si ella fuese la ingrata: si los gusanos del cuy echados en la chicha se mezclan con la bebida, significa que las relaciones amorosas estan en buen estado, mas si se separan, la bella se ha transformado en enemiga; el raton mariposa grande, ó culebra que pasa junto al amante, le hace temblar por la duracion de sus amores; lo mismo la culebra que pelea ó devora un sapo; aquellos serán felices, cuando el Huaichu canta hacia el lado derecho, y desgraciados si está cantando hácia al izquierdo. Consultan las fuerzas inspeccionando el pulmon de las ovejas; y carneros, pero el óraculo mas seguro son las respuesta del adivino. Este óraculo ha de decirnos donde estan las bestias perdidas, ó quien las ha robado; quienes son ó que intentan nuestros enemigos; cual será la suerte del enfermo, y del que combate. El adivino se finje arrebatado por un Dios como la antigua sibila; su rostro permanecera uno, como su color, sosegada su cabellera, mascan tranquilamente la coca y beben el licor que de antemano han exijido; y arrojando al aire las ojas de aquella, por el modo como caigan, y la direccion que tomen aclararan nuestras dudas. Otras veces emplearan prácticas igualmente frívolas; pero siempre responderan con la tranquilidad del que ve vé la verdad sin sombras.

Lo mas sorprendente es, que estos ridiculos charlatanes no alucinan solo al sencillo vulgo, sino que engañan tambien á personas que han recibido una educacion mas ilustrada. Há pocos meses ciertas señoras partidarias exaltadas de Echénique, quisieron saber si la suerte de las armas favoreceria á su caudillo y con este fin hicieron venir á un monasterio al adivino de mas nombradia de las intermediaciones. Tendió el charlatan una manta y colocó sobre ella un conejo y un sapo; las que le consultaron rebotaban en placer viendo que el vicho roedor engalanado con vistosas cintas y representante de su caudillo se lanzaba atrevido contra su rival que permanecia entumido. Pero ¡oh cuan fugaces son las alegrías de la tierra! el zapo saltó sobre el conejo y le acabó sin recibir daño. Como el oráculo les fué tan adverso, se negaban las señoras á pagar el precio de la consulta; pero el adivino les dijo sin inmutarse: *Está bien: no quieren pagarme: yo me marchó y sabré como vengarme.* Llevaba consigo parte de los flecos de los pañolones y pronto fué rescatada esta prenda que se temia fuese destinada á peligrosos hechizos.

Tienen en efecto mucha fé en la eficacia de ciertas prácticas que nada pueden. Cuando la luna se eclipsa, teme el indio un trastorno en el sistema del mundo y quiere impedir la terrible catástrofe haciendo un infernal ruido con gritos, tambores, y ladrido de los perros á los que golpea para que ladden mas fuerte. Conjúranse las heladas y granizadas con una gritería mas espantosa que la tempestad. No ha muchos años se empleó en un valle de la costa otro conjuro mas estraño. Una

innundacion de ratones acababa con sus plantas, y para libertarse de tan destructores huéspedes, cazóse á dos de ellos y se les condujo á la iglesia para formarles un proceso: allí fueron declarados culpables á pesar de la elocuencia de sus defensores, se les colgó de maldiciones y soltóse luego á los malditos que ahuyentaron la plaga. Mas singular es aun el modo como han querido algunos de la puna salvar de los temblores. Cuando sentian el sacudimiento, golpeaban los trojes para que no se llevára el maiz; decian al vientre—*ten-te barriga, no te lleve el temblor*: y acercando las manos á los órganos que el pudor oculta, exclamaban—*temblor no me lleves la carne. Déjala colgada en las espinas*. Para que el arco iris no penetrase en el vientre, le rociaban con orina y se ponian tierra en las narices. Si la preñada ve algunos ahorcados ó cualquier otro difunto, teme que la criatura padezca la misteriosa enfermedad llamada Urihua cuyo único remedio es la tierra de los sepuleros.

Tambien se cree que solo los secretos del hechicero podrán curar otras enfermedades que fueron hijas de un hechizo. Causólo un mal intencionado habiendo tomado una prenda de la persona á quien queria hacer daño; otras veces formó figuras de cera ó buscó un sapo, el animal favorito de todos los dados á la magia: la víctima de los sortilugios quedó paralizada desde que se ligó fuertemente á la figura ó al sapo; y cuando estos fueron atravesados por espinas, desfalleció él, si gradualmente no fué deshecho el hechizo. Las viejas de una doctrina, malecontentas con el cura, qui-

sieron hacerle morir mediante una procesion nocturna en la que llevaban las velas volteadas é iban cantando imprecaciones. Hay prácticas para esterilizar los campos del enemigo, y traer la fecundidad á nuestros ganados y plantas. El cavador cria una culebra para que su lampa penetre la tierra sin esfuerzo, y se avance permitiéndole dar fin en pocas horas á una tarea doble. El vendedor pone sebo junto á las mereancias para que sean har-to crecidas las ganancias; y con el sebo se sahuma el maiz para que no se pudra. Tambien se sahuma la ropa para que dure mas y preserve de enfermedades. Al salir de casa se toma chicha con los dedos y se arroja con un papirote para ir y regresar con bien. Bébese agua al átravesar el rio para no recibir daño. Lávase el cuerpo del des-graciado con maiz vuelta hácia arriba la punta, y se quiebran sobre él hilos de lana torcida al revés diciendo: asi se quiebren tus desdichas y pecados. Enterrando un cadáver en la plaza creen ciertos lidiadores que saldrán ilesos de entre las astas del toro, cuya lengua palpitante comen para que les dé bravura.

Como el deleite se apetece con tanto ardor, se emplean mil medios para hacerlo duradero. Se reconocen como entre los turcos secretos de magnanimidad; hay huanccánquis para las conquistas amorosas, entre ellos algunos tan poderosos que basta pasar junto á las mujeras para que sigan al enamorado irresistiblemente; y otros que las hacen llorar por su ausencia. La union es fatal cuando se practica el *tíngo chico* figurando ambos amantes con imágenes de cera, uniendo algunos insectos

tos ú otros animales; la comida del conejo frontino es un poderoso talisman; el pelo u otras prendas son buenas garantías. El que quiera inspirar aversion, dé en alguna bebida otro raro encanto.

LA HELADA.

Las heladas son el azote de la sierra. Las mas fuertes y duraderas acaecen en la estacion seca desde Mayo á Agosto. Alteran profundamente la salud produciendo graves dolencias y condenando las personas debilitadas á un malestar continuo; queman las plantas, y agotan los estanques por una evaporacion rápida. Por eso dicen los mineros que la helada les ha robado el agua. Pero las mas perjudiciales son las que sobreviniendo uno que otro año en la época de las lluvias arrebatan toda ó la mejor parte de la cosecha.

El maiz embellecia la campiña con su lozano verdor: sus hermosas panojas anunciaban la abundancia, y el labrador creia ya henchida su colca al ver las bien granadas mashorcas.—Una noche sola le llevó sus esperanzas. El campo que ayer era todo vida y alegría, hoy solo presenta plantas quemadas que ni siquiera servirán para el sustento de los animales. Por eso se teme el cielo sereno precursor de las helada como temen el sordo mujido que precede á la erupcion, los que habitan en la inmediacion del volcan, y como tiembla al desencadenarse los vientos el que surca las aguas del

Cabo. El tiempo está sereno, deslumbran los astros luciendo en una atmósfera del azul mas vivo y puro, no hay una sola nube en la vasta extension de la bóveda estrellada; la mas leve ráfaga de viento no agita las hojas de los árboles; ¡horrible serenidad, mas espantosa que esas calmas interminables de la línea temidas del marino sobre todas las tempestades! Lo que es serenidad en los cielos, es en los corazones desesperante inquietud. La noche se avanza clara y silenciosa; cada una de sus horas trae con un aire mas apacible un aumento de agonía; la plaga es inminente; todos se lanzan á la calle á gritar, *misericordia, misericordia*; clama la mujer desmelenada, clama el anciano mal cubierto con sus harapos. ¡Quién no se conmovirá al oír este lastimero concierto de plegarias en que la voz de inocentes criaturas se eleva sobre el grito de las almas experimentadas?—¡Quién en esas horas silenciosas favorables á las reflexiones melancólicas oyendo el ay penetrante de los que van á perder el pan de todo el año, no meditará en las miserias á que está el hombre condenado en este valle de lágrimas?

Otras súplicas tienen de horrible lo que de patético las plegarias de la helada. En la noche que precede á la festividad principal de algunos pueblos, los indios tan apacibles de suyo, que en sus riñas recuerdan las reyertas de las mujeres, y los combates de los niños, pelean con furor, pelean hasta recibir ó dar la muerte: es porque una cruel supersticion les tiene persuadidos de que el año no será bueno, sino se mueve al cielo con víctimas humanas, y no se fecunda la tierra con sangre, ó

la de sus hermanos. ¡Infelices! ¿Nuestro Padre Celestial no querrá darnos el pan de cada día sino olvidándose de su infinita bondad para exigir de sus hijos un sacrificio impío?

AMORES DEL INDIO.

Es cosa chocante: el indio con una alma nacida para la ternura, lo que busca en su amable compañera, no es la bella mitad de su corazón, es una hembra. Aunque se halle con la facilidad de elegir, tomará indistintamente una fea ó una hermosa. Está en la primavera de la vida, y se contenta con que le den una vieja. En ningún pueblo de la tierra son tan frecuentes las uniones entre mujeres, cuya cara es una arruga, y jóvenes que rebosan lozanía.

Los amores del indio son sencillos; rara vez ofrecen esas pasiones mezcladas de borrascas y de ternura que se alimentan del pudor, se acrecientan con sus obstáculos, y se ennoblecen con los sacrificios; ni esas llamas volcánicas que reflejadas por una alma impenetrable abrasan al desgraciado que no halló correspondencia; ni esos zelos furiosos que acibaran con las delicias del que ya había formado sueños de felicidad. El indio está entre los alegres espectadores de una fiesta, se prenda de una muchacha, le trae una copa de la tienda vecina, y ambos marchan juntos á un sitio solitario; la irreflexiva india llena de sensibilidad, exaltada por la bebida, sin una educación que contenga el impetuoso torrente de sus pasiones, sin testigos que vengan en auxilio de su virtud, se rinde á la naturaleza. Otras veces el amante que no fué favo-

recido ni por la soledad, ni por las tinieblas, se apresura á regresar del campo ó del viaje; dá una serenata á su amada que le franquea las puertas de su casa; tiernos yaravíes ablandan los corazones, la bebida allana todos los obstáculos, y la noche estiende su velo sobre el lecho nupcial.

Aunque las indias solteras no muestran por lo comun una castidad heróica; su caída se debe mas veces al licor que al sentimiento. No es raro que sean víctimas del incesto. Durmiendo los miembros de una familia en una cama comun, abandonándose á menudo á la embriaguez; la casualidad, ó la malicia favorecida por las tinieblas son causa de que la vírgen sucumba á la seducción de un pariente inmediato. Me han contado que cuando un penitente dice al confesor, padre me equivoqué ya sabe el ministro de la religion que el error ha consistido en cambiar la union conyugal por la union incestuosa. Tambien he oido hablar de otras equivocaciones. Muchos de los forasteros que concurren á ciertas fiestas, se reúnen en una casa para embriagarse en comun. Cuando el licor los llama á dormir, los vapores de la embriaguez no pueden privarlos á todos de relaciones adúlteras; y los que cayeron en esta falta, son condenados á pagar multas que se destinan á la compra de bebidas. Es fácil conocer que así se dará lugar á nuevas equivocaciones. Mas fuera de tales seducciones y accidentes, la mujer del indio suele dar admirables ejemplos de fidelidad conyugal. Por mas poderosa que sea la seducción, se muestra invulnerable, y á todas las promesas y halagos contesta: no señor, soy casada. (*mmanam viracocha, cosayork cani*)

MATRIMONIO DEL INDIO.

El mayor número de matrimonios se debe al *concierto*, al *encierro*, á la *decision* del cura, y al *amancebamiento*. Dos padres conciertan entre sí la union de sus hijos que no se han tratado nunca, y á veces no se conocen, ó se aborrecen. Un amo para que el desórden no se introduzca en su hacienda, procura que sus yanacunas se casen en edad temprana; y con este fin cuando apenas ha rayado la juventud, los encierra de dos en dos, en cuartos que pudieramos llamar matrimoniales. Un cura que desea igualmente las buenas costumbres de su parroquia, echa la vista á los jóvenes que concurren mañana y tarde á las prácticas religiosas en tiempo de cuaresma; y como los encargados del Inca, vá enlazando las parejas á su antojo por mas que entre el hombre y la mujer no haya mediado ninguna especie de relacion ni conocimiento. Pero en el mayor número de casos los que van á enlazarse, se conocen bien, demasiado; se han tratado por muchos años, y su union suele haber dado frutos. No se inquietaban ellos porque la religion santificase sus lazos; son sus padres, el gobernador ó el cura, quienes les obligan á salir con sus consejos, ó con la cárcel del amancebamiento.

Luego que han recibido la bendicion nupcial, los esposos se dirijen entre cohetes y repiques á la casa paterna de la mujer, y se van á celebrar su union con un festin en que reinan la franqueza, la sencillez y la alegria. En alta noche suele llevarseles á la casa nupcial. El cielo alumbra su himeneo

con antorchas inmortales; ó si un pabellon de nubes vela las estrellas, se solemniza con el ruido de los vientos, y la claridad de los relámpagos; en la sierra los padrinos y convidados forman una lucida procesion que les conduce entre hachones, música y cohetes. Instálaseles en el lecho, el padrino les dá una copa de aguardiente diciendo: "allin causa cunallaiquipac," para que vivais bien: imítanle los demas concurrentes, y bien acostados, y mejor bebidos se les deja encerrados. La comitiva se retira conversando sencillamente sobre el tierno vástago que el amor producirá esta noche.

El festin ha seguido en casa de los padres; por la mañana arrodíllanse los consortes delante de sus padrinos para recibir la bendicion. A ellos trasladan desde este dia su piedad fiel, besánles la mano donde quiera que les encuentran, les prestan dulce oído, sea que les aconsejen, sea que les reprendan, y se dejan azotar con humildad. A ellos tambien toca dar licencia los convidados que quieren abrazar á los ahijados, y exhortarles al cumplimiento de los deberes conyugales. En el interior de la casa, ó en la puerta se reunen los amigos para contribuir al establecimiento de la familia.— Cuando las erogaciones se han de hacer al aire libre, fórmase un sencillo pabellon bajo los árboles con sobrecamas y pañuelos; debajo hay una mesa con flores y botellas, en rústicos escaños están sentados los padrinos, los padres, los abuelos, que tal vez por su edad avanzada quedan dormidos en medio del bullicio, y las personas de respeto. Principian los obsequios á la vista de un cielo que embelesa, y de una naturaleza que parece correspon-

der á la generosidad de los concurrentes con una sonrisa de gratitud; quien regala una ternerita, la cual crecerá junto con los hijos por nacer; quien ollas, ú otros útiles de cocina; algunos traen provisiones para el primer año, y el mayor número echa en el platillo mas, ó ménos dinero segun sus circunstancias. A todos los dones se responde con un cordial Dios lo pagará, y con alegres copas.

Llega en fin la hora en que la mujer vá á dejar para siempre á su padre y á su madre para adherirse al varon, y formar con él una sola carne. Despidese con enternecimiento de los dulces sitios en que se meció su cuna, y al recibir su ropita y sus pequeños bienes derrama abundantes lágrimas. Lloro infeliz india; llora; que tienes razon para llorar: has trocado los cariñosos abrazos de tu madre por los de un tirano sin piedad.

Es verdaderamente digna de lástima la esposa del indio. Ha de sobrellevar los sinsabores de unos lazos pobres que no formó el amor, ó pronto dejará de estrechar; ha de orar la pérdida de sus hijos que la miseria hará perecer cuando les esté dando el pecho; preparará una cama para su esposo que tal la divida con su querida; y dispondrá comidas de que á duras penas le harán participar. A los cuidados que corresponden á su sexo, se agregarán las tareas del sexo fuerte. En la puna pasteará el rebaño entre el soplo de las nieves y el estallido de las tempestades; en la campiña regará la tierra, sembrará y levantará la cosecha; en el pueblo trabajará para sí y para su marido, quien despues de pasar tres dias en desórdenes, vendrá beodo á su casa pidiendo con amenazas y

golpes una comida para la que nada ha dejado. ¡Y tú, infeliz rabona! tú marcharás delante del soldado aunque la jornada pase de diez leguas; le tendrás rancho dispuesto á su llegada aunque hayan de acampar en el desierto, verás cerca del entre el estruendo de las balas; si durante la marcha te asaltan los dolores del parto, lavarás al recién nacido en el arroyo, y seguirás tu camino. Siempre tocan á la mujer del indio los mas duros trabajos; marcha á pié cuando su consorte va descansado en la bestia, y á menudo lleva la mayor parte de la carga. ¡Y cuál es la recompensa de tantos sacrificios? El bárbaro te abandona con frialdad, hace un festin por su muerte á poco de haber mostrado la mas grande desesperacion por la de su burro, y durante su vida no cesa de maltratarla. Algunos, parece, que no tomarán mujer sino por tener el placer de darle desapiadados golpes. Un maligno cojo cuando habia de pasar la noche en las labores de la hacienda, venia en las altas horas á tirar piedrecitas á la puerta; si la mujer respondia, le golpeaba diciendo que estaría despierta para aguardar al querido; y golpeabale tambien cuando no respondia bajo el pretesto de que ella dormia mientras él estaba en vela. ¡Ay de la sin ventura que cayó en una falta! su castigo será tan cruel como cierto. Una linda vaquera casada contra su gusto, y maltratada á cada instante huía á casa de la madre: sorprendida en el camino se procedió á un suplicio bastante usado. Toda una noche se le tuvo colgada de las manos, á su lado conversaban y reian los padrinos, la familia y amigos del marido tomando coca y aguardiente, y no suspendian su festin sino

para darle dolorosos azotes de hora en hora. Las mujeres se hallan tan acostumbradas á los malos tratamientos que apenas aciertan á separarlos de su ternura conyugal. Por eso se les atribuye el dicho tan significativo: porque me quiere, me golpea. Si algun hombre jeneroso dejándose llevar de una indignacion santa se atreve á reprender ágríamente al verdugo; en vez de agradecer sus buenos oficios, vuélvese contra él su protejida, y le grita: ¡y á U. que le importa? Si me golpea, para eso es mi marido. Tambien se consuelan con esta espresiva sentencia: maipin maccacui, chaipin cu yacui: donde hay golpes, allí hay amor. Alguna vez la mansa cordera se transforma en tigre y responde con feroces arañazos á los golpes sin piedad. Ha habido quien procuró libertarse de su verdugo dándole yerbas, ó aplastándole la cabeza en una losa miéntras él dormia. Las viejas que lograron con su riqueza robar á una bella muchacha su tierno amante, suelen ser inexorables si no logran apagar con sus helados abrazos los recuerdos del ardiente jóven. Espiándole dia y noche, cuando llegan á sorprender al infiel, pagan cuatro robustos borrachos que le despedazen á azotes.

BAUTISMO DEL INDIO.

Los festines son tan raros en el bautismo de los indios, como frecuentes en el entierro. Se diría que siendo su vida un llanto, sienten mas placer en la muerte que en el nacimiento. Por lo comun, el modo de celebrar la rejeneracion de sus hijos está

reducido á beberse alguna botella de aguardiente entre los parientes y los compadres. Mas si el compadrazgo suele principiar con tanta humildad, no por eso deja de ser el lazo mas poderoso, casi tan sagrado como los mas estrechos de la sangre. Un compadre es un amigo para toda la vida, toma parte en todas nuestras alegrías, ayuda en el techaro de la casa, en el cultivo del campo, en la hierra de las vacas, y en todos los compromisos de honor. La comadre trae la cruz que ha de coronar el edificio, y en esta como en las demas fiestas de familia nunca viene sin un obsequio considerable. Es por esta causa deseado el compadrazgo, y conservado solícitamente. Y esto ha dado alguna vez ocasion á que por hacerse de muchos compadres, ó complacer al gran número que ya se tenia, los padres hayan hecho bautizar á sus hijos repetidas veces. Y tambien de aquí ha nacido el que algunos se hayan quedado sin recibir el agua bautismal. A la hora de su muerte confesó un indio que tenia muchos ahijados en esta situacion, porque para evitar el pago de los derechos, finjía que los llevaba á bautizar á otra doctrina, y no hacia sino devolverlos á sus padres como se los habian entregado.

EL RICUCHICU.

El *ricuchicu* que viene del tiempo de los Incas y que hoy es mas conocido bajo los nombres de *córtel pelo*, y *pelo del año* (huata chuccha) es una práctica tan interesante como benéfica. Entre el pri-

mero y segundo año se reúnen los padrinos de pila con otros convidados en la casa paterna del niño; á falta de aquellos intervienen los que por esta circunstancia se llaman padrinos de pelo. Sean los unos ó los otros, aplican por primera vez la tijera á la cabellera del infante, y al mismo tiempo le regalan algunos pesos; los muy jenerosos le destinan un ternero para que crezca con el ahijado. Imitan al padrino los convidados en el pequeño tijeretazo; pero de ordinario su obsequio no pasa de algunos reales. Pocas veces esta suma se deja á la libre disposicion de los padres; sino que se reserva en su poder, ó en el de los padrinos hasta la edad en que el ahijado pueda tomar estado. Entónces se le entrega, y si es posible, con las ganancias que el capital está llamado á producir. Estos obsequios son correspondidos con un alegre festin en que abunda la bebida. Tambien se usaba en otro tiempo el *rutu chicu*, fiesta análoga al corte de pelo, la cual tenia por objeto celebrar la época en que por primera vez experimenta la mujer esa indisposicion periódica que no le abandonará mientras se halle en estado de ser madre.

FAENAS FESTIVAS.

El indio gusta de las faenas festivas que le recuerdan los dias alegres de Inca. Tanto se entusiasma por la fiesta que el trabajo llega á desaparecer; por lo que inútil es proponer grandes jornales para hacerse de operarios en la época en que trabajándose en comun entre danzas y licores, la

ruda faena se ha convertido en alegre festin. Las mas divertidas en esta clase de faenas son las de cofradía. Hay tierras destinadas al culto del Señor, de la Virgen y de los santos, que se cultivan por los cofrades. Cuando llega en ciertos lugares el dia de la cosecha, y en donde quiera que hay cofradía, el de siembra; la caja y el pito llaman á los trabajadores; recorren las calles numerosos grupos con vistosas banderas, y se encaminan al campo precedidos muchas veces del guion. Allí llegan las yuntas adornadas con flores; lábrase el terreno en comun, y á la caida de la tarde, hora en que suele concluir la faena, principia el banquete. Cada una de las indias ha traído sus dos platos; abundan las papas de la calidad mas esquisita, los cuyes bien aderezados, los picantes y la chicha; beben y comen todos sin escluir al méndigo; y exaltados los ánimos gustan de los yaravíes y bailes. En algunos pueblos se dá principio á esta faena con una práctica, por la cual suele en ellos tomar el nombre de *yupanacui*. Antes de sembrar el maiz arrojan la taza en el monton para contar los granos que en ella entran; si entra número impar, es anuncio de buena cosecha, y el que tiró, recibe grandes elogios; mas si los granos entrados son pares, se teme mala cosecha, y el que sacó esta suerte, es denostado como un hombre á quien el cielo por sus delitos dió mala mano.

Casi los mismos pasatiempos ofrece la faena de limpiar los estanques en que se recojen las aguas para regar las tierras de la comunidad. Los particulares suelen tambien *mingar* á los vecinos para que les hagan una faena sea en la siembra, sea al le-

vantar los granos. En uno y otro caso el operario no recibe mas salario que su parte en el banquete; pero el trabajo es tan flojo, y el festin tan costoso, que la divertida faena cuesta al dueño del campo la cosecha presente, ó la que está en esperanzas.

La hierra de las vacas es una de las mas notables entre las faenas de particulares. No escasean los preparativos, y los compadres procuran cederse unos á otros en el valor de los obsequios. Para asegurar la multiplicacion del ganado, se cuida que un hermoso toro cubra á una hembra; unos ricos ponchos sirven de velo a este himeneo, durante el cual los espectadores están mascando coca y bebiendo chicha; se hace un entierro solemne de orejas y rabos; bébese la sangre de las vacas; se dirijen plegarias y preces con mil ceremonias para que vengan á aumentar las nuestras las de las haciendas mas nombradas; y hay un baile característico llamado *huaca fierro*, en el que danzan asidas numerosas parejas.

La mas concurrida entre las faenas particulares, es la que tiene lugar en el techado de la casa. En ella se reune casi todo el pueblo.

El techado de la casa es un trabajo de borrachos, y como tal caro y mal ejecutado. Una reflexion económica nos movería á concluir la obra breve, y perfectamente pagando un corto número de operarios, pero la costumbre del lugar quiere que de otro modo se haga, y de otro modo lo tenemos de hacer. Aunque la pieza por techar sea de reducidas dimensiones, habremos de preparar una docena de grandes botijas de chicha, algunos odres de aguardiente, una vaca, muchos carneros, pan, pa-

pas, y toda clase de comidas. Antes de principiar el trabajo beberán largo cerca de cien personas: que todo este número ha de concurrir al techado: solo los cuatro albañiles de la esquina pagados á cuatro reales, el resto por gozar del festin apénas han puesto algunas tijeras cuando descansan para volver á la bebida siguen las tijeras, y luego al chacleo; pero ántes que concluya su colocacion se acabó mas de la mitad de los licores y alimentos; el todo no bastará para que se dé fin á la cubierta del techo; y eso que las comadres al traer las cruces no vendrán desprovistas; y que las cantoras con sentidos yaravies, los cohetes, y á veces los sonidos de la casa y corneta, animan á los numerosos operarios á no desfallecer. Ah! los pobres están rendidos, no porque les agovie la tarea, sino porque la embriaguez no les permite tenerse en pié.

Para el indio son motivos de divertirse la faena y el viaje, la fiesta y el cumple años, el bautismo, y el entierro, el corte de pelo y el matrimonio; pero no obstante la gran variedad de causas sus diversiones ofrecen un carácter comun, indefectible; el que principian, y acaban con la embriaguez: esta constituye su fondo comun, el móvil que las hace desear, todo lo demas es un accesorio de poca monta. Entre ellas hay unas bárbaras como la que consiste en apedrearse y darse de palos los de pueblos vecinos, los barrios de un pueblo ó dos pandillas formadas para este juego sangriento: otras diversiones aunque mas humanas no carecen de riesgo; pues en ellas se trata de arrojar de un partido á otro pesadas bolas mediante los golpes de la tranca que asi pueden caer sobre los hom-

bres como sobre la masa insensible. Mas la diversion que hace soñar á los indios de la que hablan de un año para otro, son los toros.

DIVERSIONES.

La corrida de toros aunque venida de España, se ha popularizado tanto entre los indios como si bubiese nacido bajo el sagrado régimen de los Incas. La aldea como la ciudad tiene para ello su plaza que es, ó está próxima á la de la iglesia. Cércanse las bocas-calles con palos, ó lo que es mas sencillo, con un seto vivo, con pelotones de indios que al acercarse el toro le espantan á palos y á gritos, ó si se obstina en saltar la valla viviente, se confunden con él en un peloton de difícil movimiento. Los mayordomos y capitanes tienen abundante provision de licores para que no falte el valor de los lidiadores, tambien disponen comida para los que lidian de oficio; á veces los visten con cierto lujo prefiriendo el uniforme militar; preparan los rejonos y costean juegos y música. Llega la hora deseada, el pueblo se precipita á las entradas de la plaza; tambien acuden en tropel los de la puna y los de las poblaciones cercanas. El cuerno dá sonidos lúgubres, sonidos de muerte, sale la fiera que un instante se enseñorea del campo, algunos quieren capearla echando suertes, ya á pié y á caballo; pero de ordinario no se la deja lucir su bravura; precipitase la multitud armada de

rejones; unos que se llaman mojarras, se tienden en el suelo y allí esperan tranquilos que el toro venga á clavarse, ó lo que es mas corriente, que salte por encima de ellos; otros procuran clavar el rejon por delante, por detras y por los costados: el mas impetuoso animal vacila ante tan rudos y numerosos ataques; se amedrenta, huye y acosado de todas partes cae cerca de un peloton implacable que se complace en ensangrentarlo. No es esto una lucha de su valor sereno y de la habilidad con la fuerza bruta; es semejante al choque de una masa con otra masa; son animales que pelean con animales.

En tan peligroso juego no pueden ser raras las desgracias, hay que temer no solo las astas y las patadas del toro, sino tambien ciegos golpes de los lidiadores. Yo he visto en Matucanas caer simultáneamente el toro, y el rejoneador que le habia muerto; y el último no pereció á impulsos de la fiera, sino por el rejon de un compañero que atacaba por su espalda. En algunos lugares estos accidentes son mas comunes, por cuanto en vez de auxiliar unos á otros, desde que ven á uno caido, todos los que están en la plaza cargan sobre el toro para castigarle de su infortunio. Los golpes del toro se aumentan cuando en vez de lidiarse uno por uno, se corren muchos á la vez, sucediendo que al huir de una patada se viene á dar en una asta. Y al fin de la fiesta los centuplica la exaltacion del pueblo que hace se arrojen en masa á la plaza, jóvenes, ancianos y niños, la mayor parte inermes, y todos sin excepcion borrachos. Sin embargo, las desgracias no son tantas como era de temerse de

esta lucha insensata. La fiera ha ensartado un indio; le lanza al aire, le arroja al duro suelo, le clava y vuelve á clavar el asta; el desventurado no dá señales de vida: todos le contarían entre los muertos y sin embargo á poco, sea que le hayan echado aguardiente por las orejas, sea que le tome por la boca, se incorpora, y el resucitado es uno de los mas activos miembros de la fiesta.

Al ver cuan pronto se rehacen los indios, y cuan á menudo se levantan ilesos tras descomunales golpes se creería que son pelotas de viento ú otra masa elástica, la cual se deja comprimir, pero vuelve luego que cesa la violencia, á su estado natural. Ciertamente á las heridas de estos seres sin prevision, y en un estado de insensibilidad extraordinaria les quita gran parte de su gravedad la ausencia del pensamiento, cuyo influjo es tan poderoso para acrecentar los males del hombre.

Con esta diversion sangrienta que guarda tan poca harmonia con el carácter dulce del indio, contrastan singularmente sus cantares y danzas. Él gusta de yaravies, huainos, huailias y otras especies de cánticos, baila la cachua, el huaca fierro, la pirhualla, la huaila, las danzas de los chunchos, y otras de movimientos mas complicadós y vivos; pero cualquiera que sea la variedad de los pasos y de los sonidos, sus danzas y cánticos respiran la mas tierna sensibilidad, van derechos al corazón. La graciosa cachua recuerda los arrullos de la paloma, la sencilla huaila de la faena es la expresion mas candorosa de la coqueteria inocente: es la pastora que huye de los sauces deseando ser vista antes, que juguetea con su amante, lo desespera con su

fuga, lo vuelve á animar viniendo tras de él cuando cesa de seguirla, y huye de nuevo si otra vez vá él en su alcance. Las canciones melancólicas que son casi todas, penetran en la profundidad del alma. Aunque ignoréis el quechua, la entonacion os conmoverá hasta el grado de que involuntariamente corran vuestras lágrimas, pero si entendedéis la lengua, no podreis ménos de confesar que es el idioma de los desgraciados; que las indias son las musas del dolor, y que su padre el sol les concedió suspirar las quejas como les dió ser el tipo de la desventura.

ENFERMEDAD DE LOS INDIOS.

El indio enferma rara vez de gravedad. Su vida sencilla, la fuerza de su constitucion, y la salubridad de la sierra le preservan del mayor número de dolencias, ó se las hacen llevaderas; pero si una causa violenta le produce una enfermedad grave, teme por cierto que sucederá cuanto malo puede suceder; que morirá si la enfermedad tiende por sí misma, ó por accidente á hacerse mortal. Por lo comun el indio atribuye sus males á causas que no pueden dar lugar á una curacion racional; en su dictámen lo que padece, es una consuncion por haberle dado el aire de gentil, se le seca el corazon porque se sentó sobre una piedra; un hechizo, ó una mirada con mala intencion le paraliza y aniquila. Aunque conozca el verdadero orijen de su enfermedad, jamás la confiesa, y poco importa que el médico la adivine; el doliente no hará uso de

remedios que dice son únicamente buenos para el viracocha. El tiene sus secretos, ó los tiene por él la curandera; rara vez un instinto feliz hace que sean los indicados; por lo comun se reducen á sustancias repugnantes é incendiarias; son zapos, *azúcar cande*, cieno, lavativas de vidrio molido y ají, orina podrida, y otros brevajes que irritan ó levantan el cútis. Por otra parte la imprevisión y apatía del indio son causa de que ceda fatalmente á los contagios, y aun alguna vez se resista á los preservativos. No consiente la vacuna de sus hijos porque dice que la viruela es la chapa de Dios.

Lo que agrava mas las dolencias de los indios, es la indolencia salvaje con que le ven padecer y sucumbir sus mas próximos parientes como si presenciaran los últimos momentos de un perro. Alguna vez me han consultado sobre los remedios que convendrian á su padre, á sus hijos, á su consorte, ó á sus hermanos; pero me escuchaban con tal indiferencia que se veía bien á las claras ó que nada entendían del plan curativo, ó que no estaban dispuestos á poner en práctica lo que hubiesen alcanzado. En una ocasion me suplicaron con tales instancias y derramaron tantas lágrimas porque me apresurase á visitar un moribundo, que hube de complacerlos, apesar de que yo mismo estaba gravemente enfermo. Pero, ¿cuál fué mi indignacion cuando habiéndome acercado al lecho del dolor ví que el infeliz padre de familia fallecia sin que en toda una cuadra hubiese una sola persona allegada ó estraña que pudiese recibir sus últimos suspiros? En otra ocasion me apremiaba un marido para

que sin pérdida de instantes fuese á socorrer á su esposa; tan fuertes eran las exigencias, que hube de preguntar sobre el estado de la paciente; *señor me dijo aquel, está sin habla, sin movimiento; estará muerta?* repliqué, *si señor, así es—entonces á que he de ir.*—*Para que no se diga, mi señor, que ha muerto sin médico.*—La difunta era rica. Contóme un eclesiástico distinguido que hallándose en un curato de indios, y llamado á dar el viático, notó, que el moribundo fallecía de pura necesidad, y para impedirlo encargó al hijo del infeliz que fuese á la casa parroquial por una taza de caldo: trájola en efecto pero fué para beberse en el camino. Los mismos curas tienen á veces una manera singular de preparar los consuelos de la religion. Llamado uno de ellos á administrar los últimos sacramentos á un anciano próximo á espirar, le dijo que *no le absolvía si antes no le pagaba el entierro; nada tengo,* contestó el desventurado; *mientes;* repliqué el cura; *que tienes un borrico,* tenialo en efecto, y hubo de entregarlo para recibir la absolucion.

La indolencia de los allegados llega á veces á una crueldad espantosa. La esposa que habia decidido hacer un viaje de algunos dias, no lo suspende porque un ataque imprevisto postró al esposo en el lecho del dolor. Conténtase con dejarle un porongo de chicha, y un mate con fiambre, y cierra la casa. A los pocos dias el olor de la corrupcion advierte á la vecindad que en la casa cerrada hay un cadáver. En las inmediaciones de la montaña cuando la enfermedad se prolonga por algunos dias, se consulta á la curandera para que decida, si es, ó no

curable. Si dice que ya *se pasó*; la misera *pasada* está condenada á no recibir el menor auxilio: nadie le alcanzará un vaso de agua, una taza de caldo, un refrigerio, un calmante aunque esté atormentada de la sed, del hambre, del calor, ó de agudos dolores.

EL DUELO.

El entierro pudiera llamarse el banquete de la muerte. Aun está caliente el cadáver, cuando solo se piensa en la chicha, el aguardiente y demas preparativos para festejarse los vivos. Para velar al difunto concurren parientes, amigos y vecinos con sus velas y licores; á él se le destina su porcion que se cree, no será perdida, y los demas comen y beben sin que el cuerpo presente altere su buen humor. Al conducirle al panteon se marcha como para una fiesta; en los entierros de niños se vá con danzas y música; y la danzante mas airosa, la que alza mas la voz entre las cantantes, es precisamente la madre. Mientras se cava y cubre la tumba, siguen el baile, la bebida y los cánticos. Luego continúa el festin en la casa mortuoria teniendo en ciertos lugares el cuidado de reservar un plato para el huesped que vendrá del otro mundo á *arpear* por la noche. Al fin de la semana se renuevan las escenas de embriaguez con motivo de lavar la ropa que sirvió al muerto. En esta ocasion, ó en el aniversario se lava á la viuda, y se finje la quema del duelo. Desde entónces no hay por que conservar un recuerdo triste; solo se trata de vivir

alegremente. Cerca de la montaña y en otros lugares se apresuran á dar á los viudos los consuelos que debia traerles el tiempo. En la primera noche de duelo se tiene cuidado de que á la madrugada cuando se apagan las luces, y el sueño succede á la algazara, no esté sola la pareja que quedó su compañía. Sin que la costumbre los autorize, haciendo lo mismo los que eran buenos amigos en vida del difunto; *Huafuuccac huañuccuñan causa cpurallañachic hahuarinacussu*, el muerto muerto, nosotros que vivimos solos, procuremos consolarnos, dice el amigo á la viuda, y esta que no gusta mucho de pensar en la muerte, acoje de corazon su oferta, de modo que un nuevo himeneo se encarga de hacer los honores al que acaba de deshacerse.

Este festin mortuorio es de los mas apetecidos, y en ciertos casos se mira con disgusto el inesperado restablecimiento que lo aleja. Consultóme una madre sobre el estado de su tierno hijo, y habiéndole indicado que se hallaba en grave riesgo, se apresuró á trabajar la chicha. Como es frecuente en la primera edad, el enfermito salió pronto de cuidado, y cuando así lo anuncié á la que le habia llevado en sus entrañas, en vez de derramar lágrimas de alegría, se molestó porque habia perdido sus preparativos.

Aunque no es jeneral, ofrecen ciertos duelos una costumbre análoga á los juicios fúnebres de Egipto. Cuando el cuerpo está presente, los parientes y amigos del difunto en un cántico que participa del llanto y de la risa, refieren toda su vida, mezclando la historia de sus buenas y malas acciones.

LAS HUACAS.

Las huacas suelen encontrarse en los valles encantados donde reina el deleite, y por lo comun están en alguna eminencia. Es la muerte que se levanta sobre los placeres de la tierra. No se hallan nunca léjos de las poblaciones como si los indios no hubiesen querido separarse de las cenizas de sus padres; podria temerse que los miasmas de la tumba viciasen el curso de las inmediatas habitaciones, pero la arena que secaba los cadáveres, y el modo de prepararlos permitian tenerlos sin riesgo tan cerca de sí, como el chino que los entierra en el jardin, y el egipcio que los llevaba á sus festines. El polvo del hombre se descubre siempre junto á las ruinas; prueba elocuente de que todas las obras de su mano son frágiles como él. La yerba no crece sobre las Huacas, ninguna flor sale de entre sus muertos; parece que los melancólicos hijos de Manco que ya canten, ya bailen, siempre lloran, querian dormir el sueño de la muerte, envueltos en la tristeza que habia alimentado su vida; tal vez querrian que su posteridad se sepultase con ellos. Los cadáveres no suelen estar tendidos en la tierra, sino que están sentados con las rodillas juntas y dobladas sobre el vientre, los brazos traídos sobre el pecho, las manos unidas sobre el rostro como la criatura que se desarrolla en el seno materno. Su postura es la del viajero que descansa algunos instantes para proseguir una larga marcha; no pensaban que su letargo fuese duradero; ántes creian que el muerto renacia á una exis-

tencia imperecedera. Por eso se descubren junto á la mómia vestidos, útiles, maiz, chicha, y objetos de lujo; por eso solian enterrarse junto con el señor mujeres y criados que le sirviesen en su nueva patria. ¡Miseros indios! se les creería condenados á una eterna servidumbre: la muerte que todo lo nivela, no ha podido borrar los vestijios de su yugo; en los restos mortales no solo se nota la enorme diferencia entre las galas del soberbio señor, y la humilde ropa del siervo, sino que hasta los cráneos revelan los estragos producidos en la inteligencia por la esclavitud: las frentes de la muchedumbre son diminutas, y como que huyen hácia atras en tanto que algunas frentes espaciosas indican que tras ellas se ocultaba el voluminoso cerebro de un pensador con el ámplio goce de la libertad.

La historia de la civilizacion está mejor consignada en las huacas que en las tradiciones; la muerte ha sido mas elocuente que la vida; ella nos enseña, que los indios fueron un pueblo industrioso conservando sus mómias en buen estado, telas de un trabajo intelijente, huacos fabricados con ingenio, y adornados con tablas relieves, joyas de plata y oro: los cuales son mas preciosos por anunciarnos minas ocultas que por su valor intrínseco; junto con la industria reconocemos el modo de vivir, su estado social y sus creencias. La ciencia podrá sacar mucha luz de entre las sombras de la tumba; pero hasta hoy el indijena teme acercarse al aire de gentil mas que al aliento del apestado; y los que se atreven á escavar las huacas, buscan por lo comun riquezas, y no revelaciones. ¡Cuán capricho-

so es el destino de los hombres! el esclavo juega con la cabeza sagrada del Inca al que [no podrían acercarse los magnates sin señales de profunda adoracion; están confundidos con el polvo de los campos, y son pisoteados por las bestias los restos vennerandos que se procuraban conservar intactos para que gozasen de una vida inmortal!

LAS RUINAS.

Tristes, muy tristes son las imágenes que despierta el espectáculo de las ruinas: es el melancólico silencio de las sombras que interrumpió de súbito el alegre bullicio del día; es la muerte que se enseñorea de los dominios de la vida; es el caos en que van precipitándose las bellezas de la creación. Mas si en presencia de lo que fué, nos aflige el pensamiento de nuestra nada, viene á consolarnos la idea del Ser Eterno, al que no llegan las vicisitudes del tiempo, la cual se aparece entre las ideas de desolacion como la vista del cielo sereno vuelve el aplomo al que se desvanecía mirando la corriente del río; tambien se templa nuestro dolor al considerar que una civilizacion superior se levantó de entre los escombros de la que fenecia, como la hermosa flor brota á espensas de la corrupcion sepulcral. Por eso á la profunda melancolía que inspiran las ruinas, se mezclan siempre emociones sublimes, y reflexiones que encantan.

Las ruinas del Perú son tristes como el pueblo cuyos infortunios recuerdan. Sonaba la campana de la hacienda que á las cinco de la mañana llama

á los esclavos á las penosas faenas del dia, nos despediamos del ameno valle de Lurin; su *tablada* que se ha hecho famosa por los continuos robos, se presentaba al frente, para arrebatarnos las ideas apacibles que trae el aliento de la aurora; á la izquierda veiamos el oceano que no tiene nada de pacífico; hundianse las caballerías en la movediza arena; cuando se nos dijo que estábamos entre las ruinas de Pachacamac. Cielo santo! Qué desolacion! La segunda ciudad del imperio, la ciudad santa que rebosaba en riquezas y en poblacion, es hoy un desierto sembrado de paredones, donde ni existen habitantes, ni se concibe como hayan podido existir. La arena no permite que prosperen las plantas, el agua está léjos y en terreno muy bajo. Lo que vemos, es la destruccion, es la inercia en toda su desnudez; y sin embargo concebimos que debió ser esplendente la gloria del pueblo que se honraba con el templo de Pachacamac; la vasta extension que ocupan los escombros, nos dice con claridad que allí habitaban millares de almas; aunque los tesoros fueron sustraídos con tiempo á la rapacidad del conquistador, de tarde en tarde dan indicios las huacas de que la riqueza fué mucha; y la perfecta simetría en las dimensiones de paredes, puertas y alacenas nos obligan á exclamar: *solo un bárbaro podrá llamar bárbaro al pueblo que tenia un pensamiento tan vivo del orden.*

Al entrar en las profundas cuanto estrechas quebradas que descienden de la cordillera, es tal vez mas melancólica la vista de las ruinas, por cuanto contrastan en alto grado con las fértiles orillas de sus rios. Solo se ven piedras aplicadas, ó paredes

de adoves; se obstruyeron los canales que les llevaban raudales vivificadores; solo vejetan entre sus derruidos caseríos algunos cactus deslucidos que recuerdan los cirios fúnebres; bandadas de loros chillones representan á las lloronas que en la antigüedad acompañaban á los cadáveres dando gritos destemplados; tal vez algun inmundo gallinazo marcha á pasos desiguales como si estuviese embriagado con los despojos que le ofrece la muerte. Y junto á este espectáculo sepulcral se desarrolla el encantador panorama de bosques siempre verdes, de campiñas risueñas, de bellisimas huertas, de habitaciones donde reinan la paz y la abundancia, de pájaros que exhalan cantos harmónicos, y de un cielo que embelesa. Así era como entre los pastores de la Arcadia se colocaba una tumba cerca de los lugares de donde se gustaban las delicias de la vida pastoral; y para hacer sentir cuanto se habia perdido con la vida, se escribia en la losa funeraria: "*Y yo tambien estaba entre los Arcades.*"

No es tan desolotante el aspecto de las ruinas que abundan en los valles de la sierra. Son las mas numerosas, y las que revelan obras mas jigantescas como que esos lugares fueron el centro del imperio de los Incas. Los hombres han hecho aquí mas estragos que la mano de la naturaeza; es verdad que muchas veces la fuerza de la vegetacion hizo desaparecer sus casas apiñadas cubriéndolas de matorral, y que en otras las lluvias, y los vientos pulverizaron caseríos fabricados con frágil adove; pero con mas frecuencia la desicion fué causada de inteno; chacareros poco respetosos con la majestad

de los recuerdos deshicieron un magnífico palacio, ó un vasto cuartel por aumentar su cosecha de papas ó maiz; los que se proponian levantar otros edificios, derribaron los templos del Sol para aprovecharse de sus piedras, ó construir sobre sus cimientos. Así solo han quedado de las maravillas de la venerable antigüedad seguras bases para las construcciones modernas, ó gigantescas fortalezas que es difícil destruir por sus enormes moles, como fué prodijiosa su formacion.

A veces en el seno de los desiertos, y en las alturas rígidas hay restos de obras cuya utilidad fué tan grande como es modesta la apariencia. La obscura noche nos habia estraviado en uno de esos interminables arenales en que nada nos indica el buen camino: ignorábamos que rumbo tomaríamos, cuando primero, dos hileras de piedras, y luego una serie de pequeñas estacas nos mostraron el camino de los Incas que nos llevaban al valle de Ica por la senda mas corta. Otra tarde en que marchábamos de Jauja á Tarma, no sé como nos fuimos alejando de la buena ruta, y nos encontramos en una falda muy pendiente que nos obligó á tomar los caballos del diestro; la noche se avanzaba, se desencadenó la tempestad, y estábamos ya resueltos á soportar á la inclemencia todo el rigor de la estación, cuando divisamos la magnífica calzada que rellenando barrancos y derrumbando cerros, conducia desde el Cuzco hasta Quito.

Tambien entre los bosques hay restos imponentes que nos hacen pensar en pueblos anteriores á

los Incas, y cuya civilizacion tal vez fué muy superior á la de ellos. La tradicion enmudece cuando le preguntamos quienes eran, ó de donde vinieron; los colosos de la montaña solo nos dicen con su pompa salvaje, que cuando se acaba la vida del hombre, la naturaleza sigue ostentando su majestad. De igual modo se envuelve en el misterio la memoria de aquellos hombres primitivos que fijaron su mirada en cimas nevadas y casi inaccesibles. ¿Fué porque la llanura estaba inundada por agua que aun no tenia salida? ¿O procuraban buscar la seguridad en fortalezas naturales cuando la guerra era á muerte, y las hostilidades continuas? Pudo suceder lo primero cerca del valle de Jauja que debió ser en otro tiempo un gran lago, el cual se abrió despues por una cáusa instantánea y simultánea del levantamiento de los Andes.

Lo que no puede ménos de despedazar nuestro corazon al recorrer las ruinas, es que en medio de ellas aparece con su horrible deformidad el sangriento espectro de la conquista. No era un pueblo feroz y corrompido, un pueblo gastado por los vicios, y que con sus abominaciones provocara la cólera del cielo; era un pueblo bondadoso, sencillo, un pueblo nuevo, eran la arreglada comunidad de Manco la que perdió su independendencia, sus trabajos festivos y su bienestar, siendo conquistada por una turba sedienta de sangre y de oro que fué la espuma y la deshonra de la España. El feroz conquistador insensible á las bellezas de los monumentos como muerto á la piedad asi derribába palacios, fortalezas y templos, como talaba los cam-

pos y acuchillaba los fujitivos. De esta suerte cayeron ántes de tiempo obras que todo hombre debía respetar porque se habian levantado con las lágrimas del oprimido, ni estaban consagradas á satisfacer el orgullo de los tiranos; por el contrario, dióseles principio y fueron acabadas entre fiestas, y siempre se hicieron para utilidad general. Allí concurría el pueblo para ofrecer al sol sacrificios que iban desterrando las víctimas humanas; allí se reunían los defensores de su patria; el padre de los pueblos se ocupaba de su bienestar, y el necesitado encontraba socorros. Y apesar de esto desaparecieron como la mala yerva que arranca el labrador, y como los bosques á que el cultivador prendió fuego.

Consolémonos, sin embargo, de los estragos que causó la impía mano del hombre. Dios sabe dirigirlos al progreso de la civilizacion; y los restos de lo que fué, servirán de base á lo que ha de ser. Cerca de Pachacamac se alza la opulenta Lima, á los humildes caseríos de las quebradas han sucedido las haciendas y los pueblos; Cuzco y Cajamarca se sostienen, y brillarán con mayor esplendor; la veloz caballería, el carruaje cómodo, el ferrocarril transportarán sin cesar millares de hombres libres, ricos é ilustrados por las sendas que de tarde en tarde recorrian los siervos del Inca. Se anuncia la gran nueva, la civilizacion republicana será tan superior á la del imperio, como el Dios de los cielos y la tierra es el astro del dia.

LA CORDILLERA.

El que trepa á la cordillera, vá alejándose por grados del calor y de la vida; allá en las rejiones bajas abrasaba el suelo, y donde quiera que la humedad le fertilizaba, estaba sobrecargado de vegetales; mas subitámente principia las ascension por sendas aereas, bajó la temperatura, y fueron desapareciendo el lozano plátano, la caña de azúcar, la vió agoviada con el peso de los racimos, el naranjo de dorados frutos, y hasta el resinoso muelle: empinados escalones llevaron á tierras mas frias que no pueden embellecerse con la verde alfalfa: subiendo á otras cumbres cesan de producir las papas, no grana la cebada, no crece el sauco ni aun el quinar amigo de los hielos; envez de los frondosos árboles que hacen impenetrable el bosque, y de ese océano de verdura que cubre los llanos, ya no se hacen notar sino flores cuyo tallo está enterrado, y que parece hubieran bajado del cielo; líquenes blanquecinos están tirados por el suelo á manera de recortes de papel que hubiesen caido en una nevada; y se admiran algunos cactos á manera de pequeñas canastas, ú otros rastreros cubiertos enteramente de una borra espesa que les dá la apariencia de vellones de lana desprendidos de una carga, y que ofrecerian el descanso del blando algodón si no estuviesen herizados de espinas.—Cesó el concierto de las aves, y ni los cuadrúpedos ni los reptiles se reunen para animar la naturaleza. La vida está como fuera de su elemento; á veces un indio silencioso é inmóvil aparece en una altura casi inaccesible, cual si fuera el

jénio de la soledad pronto á anonadar al temerario que ha invadido sus dominios: el corazon que late tumultuosamente, la respiracion fatigosa, los ojos deslumbrados, la cabeza que duele y está aturrida, los lábios rajados y el rostro quemado por un viento que penetra el cuerpo aterido, anuncian que nadie puede remontarse sin graves riesgos á las heladas rejiones de la murete; mas si la naturaleza se presenta inanimada, no por eso deja de asombrarnos con su magestad salvaje. Enormes rocas suspendidas entre el cielo y la tierra amenazan al imprudente que osara escalarlas, ó acercarse á su base; nevados picos se lanzan al aire como si quisieran que nunca las nubes pudiesen alzarse sobre ellos; inmensas masas están cortadas perpendicularmente desde el cielo hasta el abismo; el terreno ofrece quebradas tan hondas, tan multiplicadas, y formando tales laberintos que ni es posible sondear su profundidad, sin sufrir vértigos ni sin inminente riesgo de despeñarse al recorrer su superficie. El agua contribuye á acrecentar de todas maneras la grandeza de estas escenas; en las cimas forma nieves perpetuas, entre los cerros se detiene en lagos admirables por sus dimensiones, por su transparencia y matices, ó por la belleza de sus contornos; por los declives ya corre en arroyos de incierto curso, ya se precipita en atronadores torrentes; unas veces vá recojida en estrecho y profundísimo cauce, otras se estiende á flor de tierra por una llanura pedregosa de 400 y mas varas, como si brotase de toda la pampa; ocultáse en ciertos sitios, sea para pasar en breve bajo un puente natural, sea para reaparecer á mayor distancia des-

pues de haber atravesado las entrañas de la tierra. El aire no deja de engrandecer el espectáculo; suele ser tan puro, tan lijero, y de un azul tan limpio que en la noche alumbran las estrellas emulando al astro del dia; y cuando el sol está sobre el horizonte, permite descubrir los objetos á distancias prodijiosas; vense á lo léjos apartadas cadenas de cerros que aunque sorprenden por su altura mirados de cerca, se presentan entónçes como una sucesion de pequeños escalones que facilitan la subida á los Andes. Pero son en extremo frecuentes los grandes meteoros que contrastan con la frágil máquina del hombre. La nieve cae á pelotones cubriendo instantáneamente el suelo y obligando al pasajero á sacudir sin cesar la ropa para no ser aplastado por el peso; las tormentas son una lluvia de rayos que hienden las rocas y amenazan por todas partes, por la cabeza, por los costados, por los piés; el terror y la necesidad de precaverse contra las corrientes eléctricas petrifican al hombre en el sitio donde le alcanzó la tempestad; sin embargo suele ser mas feliz teniendo el placer de contemplar el terrible quanto grandioso espectáculo, libre de todo peligro. Está mucho mas alto que las nubes que contempla desde un cielo clarísimo, el relámpago brilla en el bajo horizonte; y si el trueno retumba con violencia, el sonido viene de léjos. Cuando el Arco Iris anuncia la serenidad, se le vé no solo en el cielo sino matizando los montes.

La vida no está desterrada, como pudiera creerse, de estas encumbradas rejiones donde el aire es de nieve, y donde chocan con tanto furor los elementos; aunque humildes, cubren el suelo muchas

plantas útiles que pueden alimentar el fogon, prestar grandes servicios en las dolencias, y sostener numerosos rebaños: las aves acuáticas animan el lago, la perdiz corre entre los pajonales, el cóndor se cierne en las nubes, la vizcacha busca el calor entre los peñascos, mahadas de vicuñas trepan por entre rocas y desfiladeros, agrada aunque no se comprenda la harmonia entre el grito agudo del ruminante, el chillido de los pajaros, el ruido del aire que atraviesa las hendiduras de las rocas, y el estallido del rayo.

El viajero que se extravió por las demas tinieblas, ó porque la nevada habia borrado las sendas, cuando tal vez se cree próximo á perecer en la soledad víctima de la inclemencia, renace á la esperanza oyendo el ladrido del perro, fiel compañero del hombre, ó el canto del gallo doméstico que interrumpe el silencio de la noche; siguiendo la direccion de estos sonidos salvadores, no tarda en llegar á una estancia donde el pastor ha recojido rebaños numerosos ó á una gran hacienda de minas que le ofrece todos los auxilios de la sociedad. A veces no son habitaciones aisladas las que el ganadero ó el minero, se han construido en estas alturas ríjidas, pero ricas en pastos y en metales preciosos; son poblaciones enteras, son ciudades animadas por la industria y por el comercio, en las que el poder inagotable del pensamiento desafía á la violencia de la naturaleza. En ellas se trabaja con fruto, se goza, se medita; y como si junto con el secreto de su fuerza hubiese de llevar el hombre á todas partes el abuso de su libertad; tambien se lamentan en ellas debilidades y crímenes; los racio-

nales que solo han podido triunfar de los elementos por la concentracion de sus esfuerzos, se aíslan, se aborrecen y matan. A causa de los extravíos humanos, mas de una vez desaparecen las obras de la intelijencia, y la tierra abandonada recobra la espantosa enerjía de la soledad.

LAS PUNAS.

Las ríjidas punas no son por cierto lugares de recreo, pero tampoco merecen contarse entre las soledades espantosas. Las hay tan bravas y desoladas como las cumbres de los Andes; el suelo está desnudo, ó con yerbecillas que apenas se descubren; nieve y piedras son el yerto espectáculo que se contempla dias seguidos, caminando sin fin por pampas de una uniformidad que fatiga, ó por un laberinto de precipicios que naciendo los unos de los otros, solo varían por el aumento de riesgos. Ya se sufre un vienteçillo sutil que viniendo de aguas heladas, penetra hasta los huesos, y suspende el juego de la vida; ya nos derriba el huracan que dá espantosos bramidos semejante en la violencia y en el sonido á las tormentas del océano. Lluvias continuas nos hunden en el atoladero, ó nos extravían, de modo que nos alejamos cuarenta y mas leguas del punto á donde nos dirijiamos, el trueno horrendo nos anuncia que estamos en el seno mismo de las nubes esterminadoras; no vamos á contemplar las lejanas y raras descargas de la electricidad; ocupamos el lugar terrible donde se forman los rayos,

nos hallamos en la fragua de Vulcano; si hemos salvado de la tempestad que nos cubriría como un vestido, el riachuelo engrosado y que es ya un torrente bramador, nos obliga á arrostrar el soplo mortífero de una atmósfera glacial; están léjos las habitaciones de los hombres, y las guaridas de los zorros; no hay sino perecer al rigor de la inclemencia. ¡A cuántos infelices has salvado, benéfico Cáceres, levantando hospicios en las punas de Lucanas!

No todas las alturas aflijen con estos horrores: los accidentes del terreno que la naturaleza varía hasta el infinito, suelen ofrecer las mas pintorescas combinaciones de eminencias, llanuras y hundimientos; las rocas ya imponen por su majestad, ya agradan por sus colores y formas; hay una vegetacion y animales que presentan una rica variedad característica de las punas; miéntras la ladera está esmaltada por las flores de la yerba centella y otras amarillas que forman una alfombra de oro, los altos están coronados por el quínuar que presta su savia al vizco para ser ataviado con sus rojos pétalos; y cubiertos de la taya que ostenta sus verdes ramilletes y del Ichu que forma vastos campos entre los que al deslizarse el aire imita el movimiento y el sonido de las olas: vicuñas reunidas en rebaño salen á gozar de la frescura con tanto placer como recibe el anciano al calentar sus miembros ateridos por el invierno, á los rayos del sol que brilla sin nubes; hasta entre los deformes sapos se hallan lindas especies que no llegan á una pulgada, y brillan como esmeraldas; tras las largas lluvias se desprenden de las vertientes graciosos arroyuelos tan numerosos como el pueblo que en un dia de feria se precipita por las boca-calles del mercado, ó como los pensamientos de placer que brotan en el alma cuando

vuelve de súbito á una dicha inesperada. Hay elevadas pampas cuya perspectiva embelesa; por su estensa pradera vagan ganados de cien mil cabezas, y entre ellas muchos pacos engalanados con finísimos y largos vellones; ocupa su centro una gran laguna en cuyas orillas se recrean aves de lustroso plumaje, y cuyas aguas surcan escuadrones de patirihuanas de encarnadas alas que brillan como el metal hecho ascuas; por la noche la claridad de la luna se duerme entre las sosegadas aguas; y los islotes dan sombras flotantes; un rio caudaloso cae de los peñascos; un altísimo cerro alza su blanca cabeza como si fuera el gigante de las nieves. Nada impide gozar de esta magnificencia y calma desde la estancia de un pastor sencillo como sus corderos, humilde cual las florecillas que se esconden entre el pasto, y cuya útil existencia se desliza ignorada como el manantial sin nombrar que le dá sabrosas bebidas. Aun en las punas bravas se puede gozar de grandiosas escenas; desde una eminencia que parece flotar entre los valles y la cordillera, se ven á un mismo tiempo nevadas cadenas que se creería son los anchos pilares del cielo, llanuras interminables que van á confundirse con el océano, y profundísimas quebradas donde la naturaleza ostenta su pompa nupcial cual si fuese á recibir los fecundos abrazos del Angel de la primavera.

CIELO DE LA SIERRA.

No cambia tanto el corazon ajitado por las pasiones como el cielo de la sierra en la estacion de las lluvias. Aparecia obscuro como el fondo de una ca-

verna, y los rayos del sol rasgando las densas nubes, difunden por el espacio torrentes de luz; está clarísimo el día, y un punto imperceptible que se presentó en los últimos confines, se dilata en negras sombras que improvisan una noche tenebrosa; en pocos instantes se suceden las lluvias y la serenidad, los huracanes y la calma; un viento frío é impetuoso nos obligaba á encerrarnos en el abrigado asilo á las cuatro de la tarde; y apenas ha oscurecido cuando salimos á la calle á gozar de una atmósfera templada y sosegada; el Universo parecia dormirse junto con el sol que reposaba en las inflamadas regiones del mediodía, y desencadenados instantáneamente los vientos presajian las convulsiones de la naturaleza.

Aunque variable el cielo de la sierra es constante en sus encantos; ya es de una transparencia sin igual, y de un azul puro y vivísimo que deja percibir las estrellas durante el día, y que nuestros débiles ojos miran con tanta dificultad como el ave nocturna al padre de la luz; ya embelesa con el brillo de los colores, y la belleza de las nubes; se presenta mas encendido que la llama, con cuantos matices ostentó la flor, de púrpura, de nacar, de rubí, mezclados con gracia inefable los tinte de los iris, y las auroras boreales; en su luminosa luz se dibujan grandes rebaños de blanquecinos pavos que vagan por la pradera; una mancha negra frías de blanco, y coronada por un hachón de fuego presenta el volcan que brotase mas por su nevada cima; cuando la helada quema las hojas de los árboles y despoja á la tierra de sus galas, el cielo ostenta la magnificencia, y el movimiento de la foresta combinando en mil figuras caprichosas los matizados vapores que ora se dispersan de súbito en co

pos menudos, ora acuden de oriente y occidente para formar dilatadas nubes é imitar las perspectivas de la tierra.

El alma se engrandece, y el corazon mas ajitado se serena en una de esas hermosas noches en que la pureza del aire y la calma de la naturaleza, permiten contemplar los cielos en todo su esplendor. Levántase al luna apacible y clarísima como esos pensamientos sublimes que nos hacen superiores á las turbulentas impresiones de los sentidos; sus estrellas tienen la brillantez de los luceros; no hay en el firmamento mas manchas que esos blancos grupos de nebulosas las cuales llevan la mente á la contemplacion de otros mundos; y el pensamiento se lanza á otras regiones de luz donde á la voz del Omnipotente salen y vuelven á entrar en la nada millares de creaciones ante las cuales nuestro planeta es un grano de arena. El hombre toca entonces su pequeñez y presiente las perfecciones del infinito. Gran Dios! yo he sentido tu adorable presencia en la majestád de las selvas, sobre los abismos del mar, en los solitarios arenales, y sobre montes que tienen á sus piés las nubes; he volado en torno de tí con el picaflor que aspiraba el néctar ^{mas que} de los plátanos, y contigo me precipité en ^{pompa nup} de la catarata, y devoré el espacio yendo ^{abrazos} de los huracanes; pero las escenas terrestres impedian el vuelo de mi espíritu con los goces y errores de la carne; cuanda me arrebatá el espectáculo de la gloria celeste, es cuando me siento solo contigo; mi voz se estingue en tu profunda inmensidad, pero me queda una inteligencia para admirarte, y un corazon para amar á mi padre que está en los cielos.

lle

Fin de la primera parte.